

AVANCE BAJERA

revista teórica y política del partido comunista de españa



MINISTERIO
DE CULTURA



SUMARIO

Comité de Redacción

Conferencia de prensa de Santiago Carrillo en París 3

Director:
S. Carrillo

Notas sobre el problema nacional en España.
Santiago Alvarez 13

★

Redactor-jefe:
Jesús Izcaray

De la ruptura democrática al sindicalismo unitario. Carlos Elvira 26

★

Santiago Alvarez
Manuel Azcárate
Ignacio Gallego
Juan Gómez
A. Elvira
Federico Melchor
E. Martí
Jaime Encinas
Nuria Pla

¿Qué es el Partido Comunista de España?
Ignacio Gallego 31

La reforma agraria que el P.C. propugna.
Alberto Marcos 40

Declaración común del Partido Comunista de Japón y del Partido Comunista de España .. 47

Discurso de Santiago Carrillo ante los camaradas japoneses 52

Libros: «Nosotros los valencianos» de Joan Fuster 58

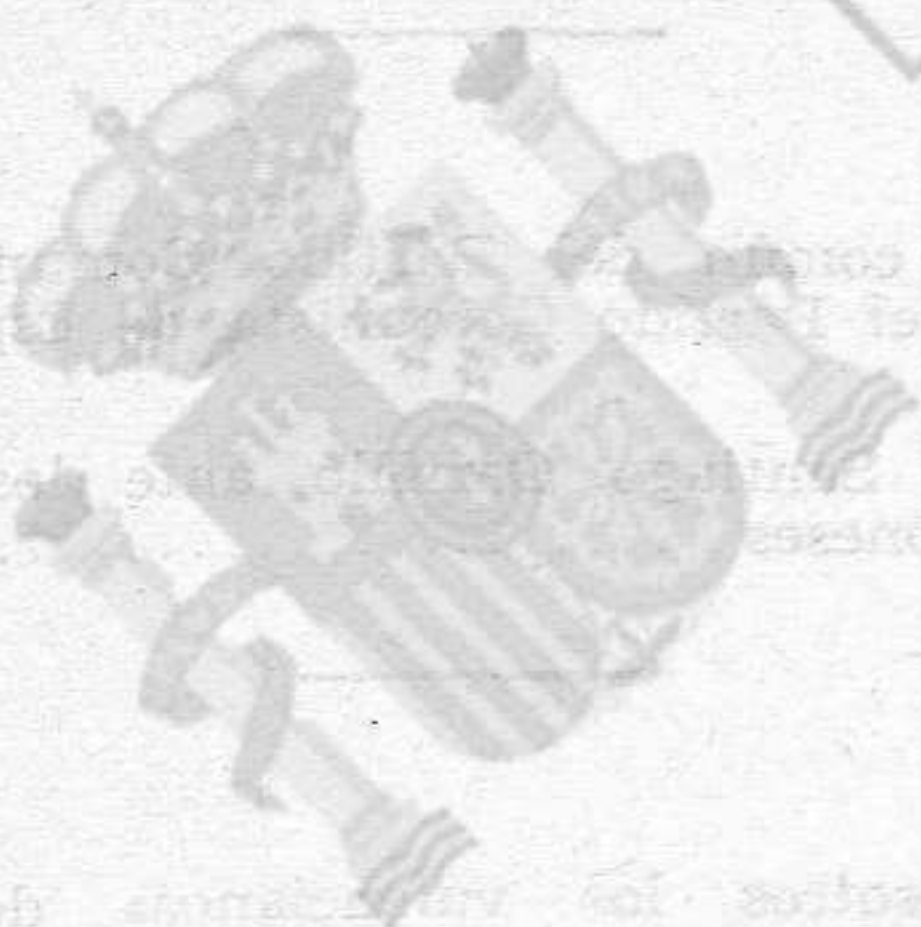
Nº 84

MADRID

NARZO - ABRIL 1976

1	Comentarios de prensa de Santiago Carrillo en París	Comité de Redacción
18	Notas sobre el movimiento nacional en España	Director: S. Carrillo
28	La revista "Cuadernos de Historia y Geografía"	Redacción: S. Carrillo
31	El Partido Comunista de España	Comité de Redacción
40	La zona de el P.O. programada	Comité de Redacción
47	Investigación sobre el movimiento de la zona de el P.O.	Comité de Redacción
51	Discursos de Santiago Carrillo en los años 1970	Comité de Redacción
58	Trabajos de los voluntarios de la zona de el P.O.	Comité de Redacción

MINISTERIO DE CULTURA



Conferencia de Prensa de Santiago CARRILLO en París

El 2 de abril pasado y con la asistencia de más de un centenar de periodistas españoles, franceses y de otros países, el camarada Santiago Carrillo dio una Conferencia de Prensa en París.

He aquí la reproducción de lo dicho en la Conferencia.

Palabras preliminares

Señoras y señores,

Les agradezco su asistencia a esta conferencia de prensa. Quisiera conversar con ustedes acerca de la situación en España en este momento. Diré algunas palabras para empezar y después responderé a las preguntas que me hagan ustedes.

Estas últimas semanas han sido una prueba en la que se ha sometido al fuego de la experiencia la voluntad democrática del actual gobierno español. Ahí está el resultado: la represión en Vitoria, en Basauri, en Tarragona, en Elda (y no menciono sino los casos más graves...), la detención de Simón Sanchez Montero, dirigente del Partido Comunista, y también, hace unos días, la detención del Sr. García Trevijano, abogado de Madrid, coordinador de la Junta Democrática, de Marcelino Camacho, que como saben ustedes ha pasado una buena parte de su vida en la cárcel, Dorronsoro, miembro del Movimiento Comunista, Nazario Aguado, miembro de la dirección del Partido del Trabajo que han sido inculcados todos... y además, hoy llega la noticia de que Alfonso Comín, dirigente del Partido Socialista Unificado de Cataluña, también ha sido interrogado por la Policía, y como los anteriores, puede ser inculcado de atentado contra la seguridad del Estado.

Es decir, nos hallamos ante un Gobierno que se obstina en perseguir a los demócratas españoles, no solamente a los comunistas; que se obstina en proseguir una política represiva que se asemeja enormemente a la que aplicaba el Régimen en vida de Franco; un Gobierno que no da un solo paso hacia la democratización; y hasta diré que no tiene más que una política: junto a la represión, junto al inmovilismo, la política de tratar de dividir a las fuerzas de la oposición democrática española, tolerando a una parte de esas fuerzas y persiguiendo a la otra parte; diciendo claramente: «Estamos dispuestos a aceptar a aquellos de los miembros de la oposición que

den su acuerdo a lo que en España se llama la «Constitución», las «Leyes», que siguen siendo la Constitución y las Leyes del fascismo.

Esta política no ha impedido que la oposición se una; y como saben ustedes, se ha creado una Comisión de Coordinación de la antigua Junta Democrática y de la antigua Plataforma de Convergencia Democrática, que el otro día iba a exponer su programa en una Conferencia de prensa. No pudo celebrarse dicha conferencia de prensa. Pero de todos modos la Comisión de Coordinación ha dado a conocer ese programa; un programa que se pronuncia por la ruptura democrática.

Creo que si en Europa hay alguien, todavía, que tenga esperanzas en la voluntad reformadora de ese Gobierno, en España todo el mundo ha perdido tal esperanza. Y basta leer los comentarios de los semanarios españoles de todas las tendencias, y hasta de una parte de los diarios, para darse cuenta de hasta qué punto está desacreditado ese Gobierno, hasta qué punto se ha perdido toda confianza en la posibilidad de que ese Gobierno haga cambios hacia la democracia.

En tales condiciones, consideramos inevitable que el movimiento obrero, el movimiento popular, el movimiento de la juventud, sigan desarrollándose, creciendo, ejerciendo una presión política favorable a la democracia. Esta no es una política «izquierdista», no es una política de impacientes; es el único medio que hoy les queda a las fuerzas democráticas de nuestro país para ejercer una influencia en la vida política española y para tratar de llegar a un verdadero cambio democrático.

El Gobierno ha prohibido las manifestaciones que debían tener lugar en Madrid y en Barcelona el día 4. Quiero señalar a la atención de ustedes el hecho de que la manifestación del día 4 en Madrid ha sido convocada por una serie de personalidades que muestra hasta qué punto la más amplia opinión nacional está en pro de la democracia y ha perdido la confianza en este Gobierno. Al lado de personalidades de todos los partidos de la oposición se encuentran en dicha convocatoria las firmas de personalidades que pertenecen a la derecha, de personalidades del mundo intelectual que nunca participaron en política, y entre ellas, cuatro Académicos de la Lengua, principalmente el conocidísimo escritor Camilo José Cela. Hay también personalidades artísticas muy conocidas, muy populares en España. Y están los tres obispos auxiliares de la Diócesis de Madrid, que firman igualmente la llamada a la manifestación del 4 de abril.

O sea, no falta más que el Ejército. No hay militares que hayan firmado ese llamamiento. Pero la presencia en cárceles de España de ocho oficiales condenados es también una manera de firmar por parte del Ejército ese llamamiento a la manifestación en favor de la Amnistía y de las libertades democráticas.

¿Por qué ha prohibido el Gobierno esas manifestaciones de Madrid y de Barcelona? Diciendo que la derecha pidió también el permiso de hacer una manifestación, se desautoriza a la derecha y a la izquierda, y así estamos en el justo término medio. Pero no es ésa la razón... La razón es que si se hubiera autorizado la manifestación derechista en Madrid, la derecha habría reunido unas dos, tres o cuatro mil personas, tal vez; pero la oposición habría reunido, por lo menos, medio millón de personas, en Madrid. Y lo mismo en Barcelona. Y eso es lo que teme el Gobierno: la demostración de que las fuerzas democráticas son hoy en España mucho más poderosas que esa ultraderecha con la que se amenaza cada vez que se va a dar un paso adelante, diciendo: «Cuidado, que está ahí la ultraderecha, y va a golpear, y va a terminar con todos, con los demócratas, con los reformistas, con todos»...

No es verdad. La ultraderecha no es tan fuerte en España; la ultraderecha es débil. Y para desmistificar de una vez para siempre a ese Gobierno que hoy tenemos en España, hay que decir que no es un Gobierno de centro. Los centristas no están en el Gobierno actual. Los centristas están en la oposición democrática. En el Gobierno actual está la derecha, la ultraderecha y la derecha un poco menos ultra. Pero los centristas están fuera del Gobierno, están con la oposición democrática.

Y por eso, Fraga Iribarne, Areilza, Garrigues y otros ministros, que se declaran reformistas, aunque lo desearan no tienen peso para modificar la política derechista de este Gobierno. Porque la fuerza de Fraga, la fuerza de Areilza, la fuerza de Garrigues, es la fuerza que sostuvo al franquismo hasta ahora, es la fuerza de la derecha. No tienen una fuerza propia. Lo repito: La fuerza que pueda tener el día de mañana una política de centro en España, hoy está del lado de la oposición española y contra ese Gobierno.

El problema es: ¿Cómo hallar la salida? ¿Cómo superar esta situación sin que se provoquen las condiciones de un enfrentamiento, de una efusión de sangre en nuestro país?... Para ello, creemos que aún existe un camino: el camino de la ruptura democrática concertada, negociada.

Quiere esto decir que, por lo menos a juicio nuestro —no quiero comprometer la opinión de toda la oposición en esta cuestión— a juicio nuestro, la oposición unida podría negociar con el Ejército, podría negociar con la Iglesia, podría negociar con fuerzas económicas, podría incluso negociar —pero unida en un solo bloque; no dividida— con los elementos que se dicen reformistas en el Gobierno actual, y que, en privado, dejan decir que están convencidos del fracaso de la política de este Gobierno... Una negociación así podría conducir a la ruptura democrática sin efusión de sangre en nuestro país.

Creemos que esa negociación es posible y que va a imponerse, pero que para imponerla, no hay más que un camino: el mantenimiento de la presión de las masas y de la unidad de la oposición.

Los actuales gobernantes tratan de marginar al Partido Comunista, a las Comisiones Obreras de la vida política del país. Tratan también de fomentar las discordancias de nuestros camaradas socialistas entre sí, de agrandar los problemas que puedan existir entre ellos, con objeto de debilitarles para que no puedan desempeñar el papel al que tienen derecho en la situación de España, en el porvenir democrático de España.

Por todos los medios, intentan debilitar, por la represión o con maniobras, a las fuerzas obreras y a las fuerzas de izquierda. Pero es un mal cálculo; porque la fuerza de la izquierda en España es una realidad; la fuerza de la clase obrera es una realidad. Y para impedir que esa fuerza se movilice, habría que repetir la represión de 1939, de 1940, cosa que hoy es imposible en Europa, aunque algunos nostálgicos del franquismo sueñen con hacerlo.

Terminaré esta introducción diciendo que esperamos de la opinión pública europea y de la prensa, y sobre todo de las fuerzas democráticas, que nos ayuden, a desmistificar la sedicente política «reformista», «centrista», «democrática» de ese Gobierno; que nos ayuden a imponer la liberación de los hombres como Camacho, como García Trevijano, como Dorronsoro, como Nazario Aguado, como muchos otros, de otros partidos y de otros grupos, que están en la cárcel; que nos ayuden a imponer una amnistía para que todos los perseguidos puedan volver a sus hogares y vivir libremente en nuestro país.

Para lo demás, es evidente que nos incumbe a nosotros españoles, realizar el esfuerzo; y estamos dispuestos a realizar el esfuerzo para lograr la democratización de nuestro país. Yo estoy convencido de que ese Gobierno no tiene muy larga vida por delante; que aún se podrán hacer tentativas de otro Gobierno de tipo semejante; pero que, en definitiva, se impondrá la solución de las fuerzas de la oposición democrática; un Gobierno de transición o un Gobierno provisional democrático que abra un periodo constituyente, que devuelva la palabra al pueblo... Esta solución va a imponerse. Cuanto antes se imponga, mejor será para la paz civil, mejor será para el desarrollo de nuestro país... Y no hablo solamente de los intereses que yo represento, sino que hablo de los intereses del conjunto de España.

Estoy a la disposición de ustedes si tienen preguntas que hacerme.

Preguntas y respuestas

El corresponsal de «Die Welt» de Alemania Federal en París:

— El Presidente de la Internacional Cristiano-Demócrata, el antiguo Presidente del Bundestag, Sr. Von Hasse, estuvo recientemente en España donde estableció contacto con miembros de la Junta Democrática que son, más o menos, cristianos-demócratas de izquierda. Ha sido bastante vivamente criticado por una parte de la opinión pública alemana, a su regreso a Alemania. El ha replicado diciendo que sólo había defendido un punto de vista bastante idéntico al del Canciller Willy Brandt según el cual habría que establecer contacto con fuerzas comunistas en Europa del Sur... que es lo que él parece haber hecho indirectamente durante su visita a España.

¿Podría usted decirme si efectivamente se han tomado esos contactos?

¿Y cual es su opinión acerca de la actitud de los cristiano-demócratas?

—¿En España?

—En España, y si quiere, en Europa...

S.C.— Por lo que he leído en la Prensa española, efectivamente, esa personalidad a la que alude ha hecho declaraciones públicas en las que ex-

presa la idea de que España no será una democracia si no se autoriza también la actividad legal del Partido Comunista. Yo no sabía que había tomado contactos directos con personalidades de la Junta Democrática, pero ha debido establecer contacto principalmente con personalidades de la Plataforma de Convergencia Democrática que están... prácticamente... —la prueba es que hoy hay un solo órgano de coordinación— ...que están en posiciones políticas semejantes en lo que concierne a la solución para los problemas españoles actuales.

Mi opinión es que ésa es una posición inteligente, diré lo mismo de la posición de la democracia cristiana italiana, que no ha dejado lugar a dudas en cuanto a su opinión de que es preciso permitir a todas las fuerzas políticas españolas expresarse, actuar libremente.

Creo que si quiere ir hacia una Europa democrática, si se quiere crear en nuestro continente las condiciones para una articulación más estrecha, es preciso, evidentemente, respetar y tener en cuenta las fuerzas reales de este continente. Y los comunistas se encuentran entre esas fuerzas.

Creo que esa posición de los demócratas-cristianos abre la posibilidad,

facilita la política de la unión de Europa, facilita la política de confrontación cooperativa entre las diferentes fuerzas democráticas de nuestro continente.

Y en lo que concierne a España, debo decir, por ejemplo, que la posición de la Izquierda Democrática Cristiana me parece una posición muy positiva, una posición que tiene en cuenta la realidad de mi país. Y diré que incluso la otros grupos de la Democracia Cristiana, en lo que atañe a la necesidad de insertar en la vida política democrática todas las fuerzas, inclusive el Partido Comunista, es una posición favorable, es una posición positiva.

Creo que ello tiene gran importancia, y puede permitir que se prevea el porvenir de Europa con mucho mayor optimismo.

M. Gonzalez, de R.T.V. Española:

—A pesar de la prohibición de las manifestaciones del sábado y domingo, ¿se mantendrá la convocatoria?

S.C.— Evidentemente, desde aquí yo no puedo decir si se mantendrá la convocatoria... Allá es donde se decidirá... Pero mi opinión es que se mantendrá, tanto en Madrid como en Barcelona, la llamada a las manifestaciones... Es mi opinión.

Joan Cassanelles, Presidente del Parlamento de la República Española en el exilio:

—Quiero preguntar una cosa: ¿Cree usted posible la instauración de la democracia en España con la Monarquía?

S.C.— Le saludo a usted. Aprovecho la ocasión para saludarle. Tengo mucho respeto para los representantes del republicanismo español.

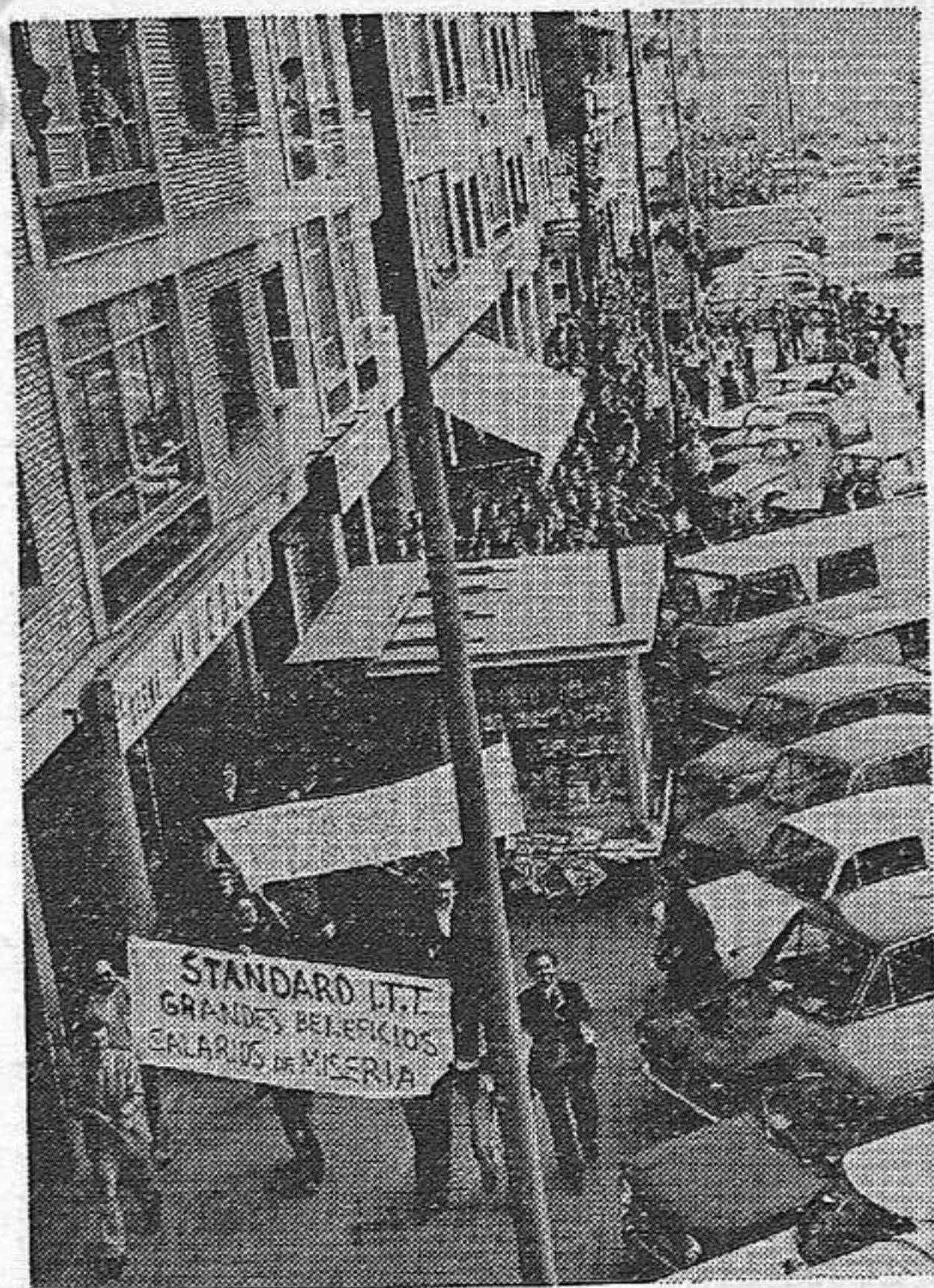
La pregunta que usted hace es una cuestión bastante compleja y voy a responder con toda franqueza.

Creo que España necesita una República Democrática. Creo que si los españoles pueden votar elegirán una República Democrática. En todo caso, mi Partido, en ese momento, hará propaganda y hará todo lo posible

para que el pueblo español se pronuncie por la República.

Ahora bien, la realidad es que tenemos una Monarquía. Esta monarquía es la heredera del Régimen franquista. Esto, en principio, a juicio mío, compromete las oportunidades de la Monarquía y a la vez, condiciona mucho la política del Rey. No tengo gran esperanza de que el Rey pueda abrir el camino de la democracia en España. Diré incluso que no tengo casi ninguna esperanza, desde el momento en que el restablecimiento de la democracia significará que es preciso dar al pueblo la posibilidad de pronunciarse acerca de la forma del Estado.

Pero si por un milagro —no creo mucho en los milagros, pero creo en la fuerza del pueblo y en la fuerza de la oposición democrática— ...si por un milagro, producido por la fuerza del pueblo y por la fuerza de la oposición democrática, ese Rey aceptara la creación de un Gobierno de amplia coalición democrática, ese Rey aceptara la consulta al pueblo, la convocatoria de elecciones constituyen-



Manifestación a la salida de la fábrica.

tes, que el pueblo decida la forma de gobierno, la forma de Estado... no opondríamos obstáculo a tal posibilidad.

Ya he dicho que para mí esa posibilidad es muy difícilmente imaginable; pero en política no se puede negar la posibilidad de que la fuerza de las masas populares, la fuerza la oposición unida que quiere la democracia, la aspiración nacional a la libertad, sea capaz de crear unas condiciones en las que ello sea posible.

No sé si ha respondido a su pregunta...

J.C.— Sí señor, ...Gracias.

Un periodista catalán:

—¿Cual es su posición a propósito de las elecciones municipales previstas para el mes de noviembre?

S.C.— Se habla de elecciones municipales... vagamente... Se habla también de un referéndum sobre la reforma constitucional... Pero no hay nada seguro acerca de esas elecciones municipales...

Y hasta cabe preguntarse si no es una estratagema para apartar a las fuerzas democráticas de lo que es esencial en las condiciones de hoy. Estoy convencido de que si se convocan elecciones municipales sin libertades para los partidos políticos, sin libertad de Prensa, sin las libertades democráticas, las fuerzas democráticas no participarán en tales elecciones...

Y si hubiera libertades políticas, estimo que ante la convocación de elecciones municipales, las fuerzas democráticas deberían consultarse para ver si se debe ir a dichas elecciones municipales o si es preciso reclamar elección para una Asamblea Constituyente.

Es decir, para mí, la táctica que se debiera adoptar entonces, es una cuestión que debe examinarse con calma. En todo caso, esas elecciones municipales de las que hoy se habla vagamente no significan nada, y la oposición no puede atarse a un proyecto que es muy vago y que no resolvería ninguno de los problemas de España.

Pol Girbal, otro periodista catalán:

—Ha dicho usted antes, Sr. Carrillo, a propósito del mantenimiento o supresión de la convocación a las manifestaciones previstas en España para mañana o pasado mañana... ha dado usted a entender, al menos es lo que yo he creído comprender, que no tiene usted contactos directos con su Partido en España; o sea, que no sabía usted lo que iba a suceder allí. ¿Debo comprender entonces que no tiene usted ninguna relación a ese respecto con el Partido que usted dirige?... (Risas)... Excúseme...

S.C.— No hay de qué... Yo comprendo su pregunta... Como sabe, en este momento, me encuentro en París, y no quiero que parezca digo desde aquí lo que se debe hacer el 4 de abril... Por eso he respondido en esa forma a la pregunta que me hacía.

En cuanto a las relaciones con mi Partido, puedo asegurarle que tengo relaciones cotidianas.

Corresponsal alemán «Die Welt»:

—¿Cual es su posición, como jefe del Partido Comunista Español en el exilio acerca de la noción del internacionalismo proletario, muy fuertemente preconizado en estos últimos tiempos por el Partido Comunista Soviético?

S.C.— Ha de saber usted que yo soy partidario de la solidaridad proletaria internacional... Es decir, creo que los trabajadores de todo el mundo deben tener lazos de solidaridad y de apoyo mutuo... Incluso los partidos que no son partidos obreros organizan hoy Internacionales. Tiene usted la Internacional Demócrata-Cristiana; tiene usted la Internacional Liberal... El mundo se internacionaliza cada vez más, las fuerzas políticas se internacionalizan y establecen relaciones por encima de las fronteras.

Pero yo he declarado ya que estoy en contra del viejo internacionalismo ¿Qué es lo que yo entiendo por «viejo internacionalismo»? Quiero decir que si yo, comunista, en cierta época, cuando la revolución rusa era el único Estado socialista, amenazado por las



Manifestación obrera en Barcelona.

potencias capitalistas, consideraba que era mi deber, como internacionalista, defender a la Unión Soviética. Y yo apoyé a la Unión Soviética...

La situación en el mundo ha cambiado. Y la Unión Soviética forma hoy parte de un sistema mundial, es una potencia enorme; no necesita que yo la apoye; se sostiene por sí misma (ella sola). Y cuando mis camaradas soviéticos quieren que los Partidos Comunistas de los otros países sigan actuando como si la Unión Soviética fuese todavía un Estado naciente, cercado, y amenazado, que sigan apoyando siempre a la política soviética en todos los terrenos, yo digo que el Partido Comunista de España no está de acuerdo.

Para nosotros, el internacionalismo proletario ya no consiste en apoyar en todos los casos a la Unión Soviética u otro país socialista. Para nosotros, el internacionalismo proletario en esta época consiste en comprender la riqueza y la diversidad de lo que

en nuestro lenguaje comunista llamamos el «movimiento revolucionario mundial», que ofrece manifestaciones muy diversas, según las regiones, según los países, y que necesita vías y orientaciones independientes, autónomas.

Y cuando hablo del nuevo internacionalismo debo decir que para mí el nuevo internacionalismo hoy tiene una misión, sobre todo en los países capitalistas desarrollados; tiene la tarea de rebasar, de superar la escisión del movimiento obrero producida en los años de la Revolución de Octubre en Rusia, de crear las condiciones para una cooperación, para un entendimiento con todas las fuerzas socialistas. Y, para mí, el nuevo internacionalismo tiene además otra componente: la de la cooperación con las fuerzas cristianas que se pronuncian en pro de una superación de la sociedad capitalista.

Es decir, nos hallamos ante problemas nuevos, ante situaciones nuevas,

y no podemos oponer a la realidad de hoy las viejas concepciones del pasado. Y cuando los escritores, los periodistas y los dirigentes soviéticos nos llaman al orden y hasta nos acusan de herejía, de desviacionismo, etc., etc., yo pienso que nosotros, los heréticos, nosotros los desviacionistas, somos lo que estamos en el verdadero camino del internacionalismo tal como se debe comprender el internacionalismo en esta época.

Y ya ve usted que esta opinión no es únicamente la de los comunistas españoles; es una opinión compartida por un número cada vez mayor de partidos comunistas. Y creo que entramos en un período en el que van a cambiar muchos caminos del pasado, muchas formas de las relaciones internacionales del pasado; un período en el que todo cambia, y también el internacionalismo está cambiando.

Roldán, Director de la Agencia EFE en París:

—¿Piensa usted, Sr. Carrillo, que, como se ha escrito, las organizaciones obreras, o al menos algunas de ellas, se han visto desbordadas por la base, en numerosas huelgas y manifestaciones, principalmente en el País Vasco? ¿Y cuál es su posición, la del P.C. a propósito de la cuestión sindical actualmente?...

S.C.— Creo que no se puede decir que las organizaciones de la clase obrera se hayan visto desbordadas por los trabajadores.

Estimo que una de las características más interesantes de este momento en España es el hecho de que las consignas del movimiento obrero, de este movimiento tan combativo, son todas, consignas, democráticas. No hay huelga, no hay una manifestación en la que la clase obrera reclame para sí el Poder. Pide lo que todo el país reclama, es decir, las libertades democráticas, la amnistía, etc., etc. En ese sentido, no hay desbordamiento; al contrario, hay una madurez política de la clase obrera española que ha sorprendido a muchos.

Pero, ¿qué quieren ustedes? Si hay una manifestación obrera pacífica, y la Policía recibe la orden de disparar

contra ella, entonces ya no hay control; el Gobierno es quien provoca el desorden, el enfrentamiento que la clase obrera no desea... Los trabajadores de Vitoria no querían enfrentarse con la fuerza pública. En las manifestaciones en las que no ha intervenido la fuerza de policía se ha producido algo que es bastante sorprendente para España: los trabajadores han aplaudido a la Policía... En varias manifestaciones los trabajadores han aplaudido a la Policía que no intervenía contra los manifestantes. Y estoy seguro de que si la Policía no interviniera no habría desórdenes. E incluso, la Policía podría llegar a ser muy popular.

¿Por qué interviene? No porque la clase obrera desborde, no porque la clase obrera caiga en posiciones extremistas, sino porque desgraciadamente, este Gobierno no quiere permitir que la clase obrera exprese en forma pacífica cual es su voluntad democrática... Creo que eso es todo.

En cuanto a la situación sindical... se habla de reforma sindical, pero creo que el punto de vista, tanto de Comisiones Obreras, como de la Unión General de Trabajadores, como de la Unión Sindical Obrera, es decir, de las fuerzas sindicales españolas, es que no se desea tal reforma de los sindicatos, que sería una manera de continuar con el predominio de la burocracia falangista, y que sería la continuación de la falta de libertades sindicales. Hoy, la primera demanda de la clase obrera y de todo el movimiento obrero organizado es la libertad sindical. Para que, después, los obreros puedan decidir, ellos mismos y no el Gobierno —ni éste, ni ningún otro— si hacen un sindicato unitario y cómo lo hacen, o si hacen varios sindicatos.

Ese es también el punto de vista que apoyamos nosotros, los comunistas.

Otro periodista:

—¿Cómo aprecia usted el próximo Congreso del grupo demócrata-cristiano de Ruiz Jiménez... con respecto, precisamente, a la situación ante la firma del acuerdo?...

S.C.— No puedo decir qué es lo que va a suceder en ese Congreso con respecto al acuerdo Junta-Plataforma... Lo único que puedo es hacer votos por que el Congreso apoye la posición del Sr. Ruiz Jiménez. Desde luego, estoy convencido de que para que una Democracia Cristiana goce en España de un apoyo popular y sea una gran fuerza política, la única posibilidad pasa hoy por una política de unidad con las otras fuerzas de oposición... Si la oposición de Ruiz Jiménez fuese derrotada quedaría comprometido todo el porvenir de la Democracia Cristiana como partido político en España.

Un periodista catalán:

—En algunos semanarios españoles se ha escrito que, a pesar de las declaraciones de algunos dirigentes norteamericanos, éstos mismos han tratado de entablar contactos con partidos comunistas occidentales.

S.C.— Creo que para nadie es un misterio —incluso la Prensa española ha hablado de ello— que ciertas personas oficiales norteamericanas han trabado contacto con partidos comunistas europeos... Creo que no es un misterio... ¿Y por qué no decirlo? También han tomado contacto con el Partido Comunista de España... Y a esas personas oficiales norteamericanas les hemos manifestado lo mismo que decimos en público, a saber: que en España no hay otra salida que la democracia y que es preciso que Estados Unidos no opongan obstáculos al restablecimiento de la democracia en nuestro país...

Evidentemente, debo añadir que esas personas oficiales no comprometerían la posición del Gobierno norteamericano. Pero en una situación como ésta, queda claro que ninguna fuerza que actúe con realismo puede dejar de intentar conocer lo que piensan, por ejemplo, los comunistas italianos... El Sr. Kissinger puede decir que los comunistas italianos no deben entrar en el Gobierno... Yo pienso que de ese modo, él acelera la llegada de los comunistas italianos al Gobierno, porque provoca el sentimiento nacional del pueblo italiano. Puede decir que en Francia, los comunistas no

deben llegar al Gobierno. Pero al mismo tiempo les interesa informarse, conocer...

Estoy seguro de que todas esas posiciones que hoy escuchamos, un día fracasarán por la fuerza de los pueblos, por el desarrollo de los acontecimientos... Porque, aunque los Estados Unidos no tienen derecho a inmiscuirse en los asuntos internos de los países europeos ni de ningún otro país... Sobre todo, cuando la voluntad de esos países se expresa por los medios de la democracia que los Estados Unidos dicen aceptar y defender.

Pol Girbal.

—¿Cual es la posición del Partido Comunista Español con respecto al grupo de comunistas catalanes, y especialmente del P.S.U.C.?

S.C.— Como sabe, el Partido Socialista Unificado de Cataluña es un partido catalán que tiene su propia trayectoria... Se creó tras la unificación de cuatro partidos en Cataluña... Es evidente que mantiene relaciones muy estrechas con el Partido Comunista de España; que en los problemas del conjunto del Estado español, existe una colaboración íntima entre el Partido Socialista Unificado de Cataluña y el Partido Comunista de España. Así como en las cuestiones de Cataluña, el Partido Socialista Unificado es el único que tiene el poder de decidir su orientación, su política, las soluciones que le convienen a Cataluña.

Esto es lo que puedo decir sobre esta cuestión.

Pierre Romesco, A.G.E.R. Presse:

—En la situación actual, tal como la ha presentado usted al principio, ¿cual es la estrategia y la táctica de la Coordinación Democrática y quiere usted precisar cuál es el puesto y el papel del Partido Comunista en el nuevo organismo que se ha creado?...

S.C.— Opino que la estrategia definida por el nuevo órgano de coordinación es la estrategia que llamamos «la ruptura democrática». ¿Qué signi-

fica la ruptura democrática?... La ruptura democrática significa que para democratizar el país es necesario disolver por decreto las Cortes franquistas, el Consejo del Reino que es un órgano ultra, y que es necesario transformar el Movimiento Nacional en un partido más, como los otros, que no tenga ninguna relación con el Estado, ningún apoyo particular del Estado y que deberá entenderse las por sí mismo, con sus propias fuerzas. Que, al mismo tiempo, hay que anular todas las leyes del franquismo que están en contradicción con los Derechos humanos, con las libertades democráticas. Y a partir de eso, restablecer las libertades y dar a todos los partidos políticos la posibilidad, a todas las familias políticas la posibilidad de actuar, de expresarse y de participar en la vida democrática nacional.

El órgano de coordinación apenas acaba de formarse, y naturalmente,

todavía tendrá que elaborar en su seno muchas cuestiones que solamente han sido tratadas en su inicio... O sea, dicho órgano tiene aún ante sí muchos problemas que tratar y aclarar para estructurar una estrategia de la oposición.

El papel del Partido Comunista en ese órgano de coordinación es el mismo que el de los otros partidos que componen la Coordinación; es decir, como el papel del Partido Socialista, de la Democracia Cristiana y de los otros grupos. Somos una voz y un voto en la Coordinación. No más. Y estimamos que el valor de esta unidad reside precisamente en las relaciones de igualdad, en las relaciones de respeto que se han establecido entre los diferentes componentes de este órgano.

Parece que no hay más preguntas. Entonces, señoras y señores, les agradezco mucho la atención que nos han prestado.



NOTAS SOBRE EL PROBLEMA NACIONAL EN ESPAÑA

La sociedad española vive una necesidad apremiante de democracia. Para la conquista y consolidación de ésta es de capital importancia una política correcta sobre el problema nacional. Siendo éste hoy, con el de las libertades políticas, el problema político más importante, pasaría a ser el principal si al día siguiente de que haya libertades no se situase en vías de solución.

Fundamentamos esta afirmación en los siguientes hechos:

1°.— No hay problema que haya suscitado y suscite un debate político tan apasionado como el que suscita el problema nacional, tanto debido a su acuidad política como al hecho de que con él se relaciona la futura organización del Estado democrático.

2°.— Esa realidad obliga a que todas las fuerzas políticas tomen a ese respecto, de uno u otro modo, posición.

3°.— Las convergencias o coaliciones políticas democráticas creadas a nivel del Estado han tenido también que definirse, siendo la primera en

hacerlo la Junta Democrática, porque además precedió en su creación a la Plataforma de Convergencia.

4°.— La oposición de Cataluña, Euzkadi y Galicia y las distintas alianzas o coaliciones que ha creado, han situado ese problema en primer plano, reivindicando para la etapa inmediata, en un régimen de libertades políticas, las autonomías.

5°.— Los propios «reformadores» del sistema, a la hora de formular algunos de sus propósitos, han tenido que considerar este problema.

Aludiendo a estos últimos queremos empezar nuestro comentario.

I

El epígrafe de las declaraciones del ministro de la Gobernación, que tomamos como base, empieza por ser inexacto. Habla de la «*Reforma de las Autonomías*», como si bajo el régimen de Franco hubiese autonomías nacionales o regionales y se tratase

de reformarlas. Parte, además, de una premisa que, como dice un comentarista, es casi una declaración jurada: «*La unidad esencial de las tierras y las gentes de España*». Es la misma frase que tantas veces hemos oído a Franco, con la diferencia de que, en lugar de hombres, habla de gentes. Pero la frase del desaparecido dictador, traducida a la práctica política, ha significado la más brutal opresión centralista que han vivido los pueblos de España en toda su historia. ¿Es que se habla de reformas para que también en ese orden continúe la política seguida a ese respecto hasta el presente?. Ese parece ser el propósito.

«Por encima de las particularidades que nos enriquecen —dice el Sr. Fraga— existe una básica unidad geográfica, histórica, étnica, cultural, espiritual e incluso lingüística (con la única excepción del vasco). En España, en definitiva, no hay problema de nacionalidades; hay, sí, como veremos, problemas regionales que, en definitiva, se reducen a temas culturales y de distribución de recursos y competencias; es decir, de acertada regulación de las autonomías». («YA», 13-XII-75, pág. 13).

Los comunistas, partido de la clase obrera y de lo más progresivo de la sociedad española, somos partidarios a rajatabla de la unidad de todos los pueblos que constituyen el Estado español. Pero una unidad libremente consentida, en el contexto de un Estado democrático, y posteriormente socialista. Estado adaptado a la realidad de su variedad nacional, y en el cual dichos pueblos —esa nacionalidades cuya existencia niega el Sr. Fraga— gocen de iguales derechos en el orden político, lingüístico y cultural y en el que se acabe también con la discriminación de alguna de ellas en el plano económico-social.

Los comunistas combatimos ideológica y políticamente contra quienes, al negar la diversidad de los pueblos del Estado español, niegan a éstos —y este es el caso— derechos que deben ser inalienables como por ejemplo el de la lengua. ¿Es que el hecho de que el gallego, el castellano y el catalán tengan la misma raíz origi-

naria, el latín, ha de servir para negar que son tres idiomas distintos y que en sus respectivas nacionalidades deben gozar de derechos que hasta hace poco sólo estaban reservados al castellano y que, esencialmente, siguen estándolo?. Fuera del territorio de las nacionalidades, ante la administración, los tribunales, etc., las personas originarias de Cataluña, País Vasco o Galicia, de las Islas (Baleares), País Valenciano o Navarra (no castellano hablantes) ¿no deben tener libre opción para expresarse con entera libertad en la lengua oficial del Estado o en la propia si esto le place? Nosotros creemos que sí.

Pero en este aspecto lo que prevalece en el reformismo del sistema es el criterio que campea en el flamante decreto para «respetar» y «amparar» las lenguas «regionales» (aprobado por Juan Carlos al día siguiente de asumir las funciones de jefe de Estado, B.O. del Estado del 15 de Noviembre de 1975), cuyo contenido lo caracteriza el que haya suscitado las más vivas protestas, desde centros fundamentales de la cultura, de la enseñanza y de la generalidad de los Colegios Profesionales, así como por parte de los comunistas y otras fuerzas democráticas de Cataluña, Euzkadi y Galicia. *Se ha pedido y se sigue pidiendo la abolición de dicho decreto porque lo que se necesita es el restablecimiento de plenos derechos para todas las lenguas nacionales que no disfrutaban de éstos.*

El Sr. Fraga niega una realidad: la existencia en el contexto del Estado español de diversas nacionalidades o naciones. En consecuencia, niega a dichas nacionalidades no ya sólo el derecho de autodeterminación, perspectiva de futuro, sino la autonomía, tal como la desea y la reivindica la mayoría de los pueblos vasco, gallego y catalán, y como la conciben la casi totalidad de las fuerzas democráticas y de oposición a nivel del Estado.

Cabe preguntarse ¿es que al nivel histórico actual, el problema de las libertades nacionales a que aspiran dichos pueblos le resuelven acaso las «ofertas» de conceder en exclusiva, dejando de lado a Galicia, una nueva

«Mancomunidad» a las provincias catalanas, o el «restablecimiento» del concierto económico para dos de las provincias del País Vasco: Vizcaya y Guipúzcoa? Ciertamente que esas promesas representan (hasta ahora teóricamente) una concesión, forzada por las circunstancias, de parte del actual Gobierno. Y probablemente susciten el interés de ciertos grupos de la burguesía vasca y catalana. Pero ¿y los pueblos? ¿Estamos acaso en 1914 cuando Alfonso XIII tuvo que conceder la mancomunidad de sus Diputaciones provinciales a Cataluña?...

Ese talante «reformador» niega también la concesión de la autonomía que hoy requieren no sólo situaciones tan específicas como las «Islas» (Baleares), País Valenciano, Navarra y Canarias, sino las regiones que deben ser dotadas de órganos autonómicos, políticos, administrativos y culturales, democráticamente elegidos, como, junto con otras fuerzas democráticas, proponemos los comunistas.

Hay, sí, problemas regionales y de distribución de recursos y de competencias. Y no sólo pueden ser útiles, sino que son indispensables fórmulas de desconcentración y descentralización regional. Hace años que hemos planteado estas cuestiones los comunistas. Pero esas fórmulas ¿van a ser realizadas bajo la égida del reformismo del sistema? ¿Van a ser, de otra parte, decididas democráticamente, con la participación de la población de las regiones afectadas?

La distribución de recursos y de competencias, la desconcentración y la descentralización, como se conciben en las declaraciones citadas, no sólo no pueden resolver el problema de las nacionalidades, sino tampoco el de las regiones. Son tareas ésas que no pueden realizarse desde un centro burocrático, a capricho del poder de un Estado centralista, dominado por los grupos monopolistas, con criterio dictatorial, administrativo o, en último extremo, paternalista. *Su realización sólo será posible mediante la participación democrática de las poblaciones interesadas, para lo cual es indispensable la existencia de plena libertad, de un sistema democrático.*

Las reformas anunciadas no son, pues, más que un intento de que los pueblos de España, que luchan por las libertades a que por su personalidad nacional tienen derecho, así como las regiones, se conformen con un mal sucedáneo y en sentido más general, acepten una democracia tullida, amputada, como verdadera democracia. *Pero igual que decenios de dictadura no han podido impedir el emerger de la lucha por las libertades nacionales, nada podrá impedir tampoco que ese intento reformista desemboque en el mayor fracaso.*

II

El problema nacional es hoy más familiar a la generalidad de los españoles que lo era por ejemplo, en los años 30. Y más que hace 15 ó 20 años, cuando el régimen ponía la mordaza a todo intento de abordarlo, sino era para cantar loas a la política franquista contra el llamado «separatismo».

Esa mayor familiaridad está determinada, en primer término, por el problema en sí, agudizado, cabe subrayarlo, a causa de la política de opresión nacional, cerrilmente centralista, practicada por Franco. Es consecuencia también de la amplitud y la profundidad alcanzada por los movimientos nacional democráticos de Euzkadi, Cataluña y Galicia y su aportación general a la lucha por la libertad en el conjunto del Estado.

La creciente atención que le ha prestado nuestro Partido, y no sólo en un plano general teórico y de principio, sino en relación directa con su acción política práctica, es otra de las razones de que el problema nacional esté presente en la mente de muchísimas gentes.

La parte más avanzada y consciente del movimiento obrero —integrada ya hoy por una masa de millones, que tanto pesan en la vida española— siendo contraria al separatismo, como en general somos todos los revolucionarios, ve las reivindicaciones nacionales de Cataluña, Euzkadi y Galicia

como un componente inseparable de la democracia política.

Otro factor de gran peso, interrelacionado con los anteriores, es el más elevado nivel cultural de las masas obreras y del conjunto de la población respecto a los tiempos más arriba citados, ya que sin una cierta instrucción general y un grado determinado de cultural política, es más difícil entender un problema que, de por sí, resulta complejo.

A este respecto es muy importante, asimismo, el papel de las nuevas fuerzas de la cultura y no sólo en el aspecto estrictamente cultural sino también en el político.

Tengamos en cuenta además los progresos realizados por la Iglesia a raíz del Concilio Vaticano II, como consecuencia de éste, de la evolución política interna de la sociedad española y de la propia Iglesia.

Todos estos factores, de carácter interno, no hacen la enumeración exhaustiva. Hay que considerarlos, además, en el contexto mundial de hoy: agudización de la crisis general del imperialismo; fortalecimiento del sistema socialista; hundimiento del sistema colonial imperialista; la mayoría de los pueblos antes dominados por el colonialismo emergen a su independencia a través de formidables movimientos de liberación nacional; existe un auge del movimiento obrero y democrático a escala universal. En los propios países capitalistas desarrollados, surgen movimientos reivindicativos de carácter nacional o regional, promovidos por el interés de que se resuelvan problemas económicos, culturales, lingüísticos, que afectan a millones de seres y a numerosos núcleos humanos, y en cuya solución muestra una total incapacidad del neocapitalismo.

Mas sería utópico el pensar que ya existe una cabal comprensión del problema nacional de España, no sólo en el ámbito general de la sociedad española sino entre las fuerzas más politizadas y —a pesar de los progresos logrados con la discusión del Manifiesto Programa— en las filas de nuestro propio Partido. Esto último

tampoco es de extrañar ya que el Partido Comunista se nutre de las diversas clases y capas del pueblo —en primer lugar de la clase obrera y las masas populares— y en su seno tienen reflejo las corrientes ideológicas, de opinión, de pensamiento, existentes a nivel de la sociedad. Pero además no podemos olvidar que ésta ha estado sometida durante cuarenta años a una intoxicación ideológica «antiseparatista», en favor del centralismo, que comenzando en la escuela primaria se ha prolongado a todos los demás ámbitos de la enseñanza, la información y la comunicación de masas...

1º.— Está la incompreensión del problema en sí. El ignorar o no querer admitir la existencia del problema nacional como un hecho objetivo; es decir, como una de las grandes contradicciones entre el carácter centralista del Estado español y el no reconocimiento de la personalidad nacional de los pueblos de Cataluña, Euzkadi y Galicia.

2º.— Existe a la vez una incompreensión muy generalizada, tanto entre los que admiten como entre los que no admiten la existencia del problema nacional, sobre lo que significa el derecho de autodeterminación nacional y lo que representa, por su parte, la autonomía, incompreensión en la que se halla implícita la confusión, en cuanto al significado de cada uno de esos conceptos en relación con el Estado, su configuración y características.

3º.— Existen asimismo criterios, en mi opinión equivocados, en cuanto a considerar el problema nacional como un problema étnico, lingüístico o cultural, aislando ambos conceptos, en lo que tienen de relación e interdependencia, de la problemática política.

4º.— Algo similar cabe decir en cuanto a la diferencia existente entre las nacionalidades o naciones, propiamente dichas, y aquellas regiones, países o provincias cuyos problemas específicos tienen una relación muy directa con el problema nacional, pero que se diferencian a la vez de éste en su sentido estricto.

5º.— Está el problema regional propiamente dicho.

Cuando, desde nuestro punto de vista, hablamos de las citadas incomprendiciones, nos referimos a su existencia a nivel popular. Otra cosa es la actitud de la oligarquía o de aquellos grupos capitalistas que niegan el problema nacional por evidente interés de clase.

En las notas que siguen no pretendemos dar respuesta a todas esas incomprendiciones, tal como las vemos, sino reflexionar sobre algunas de ellas.

III

¿De qué proviene el no querer admitir la existencia del problema nacional como una contradicción objetiva? Nos parece que esa negación está esencialmente determinada por poseer una visión uniformista de una realidad peculiar, concretada en el hecho de que el Estado español no es uninacional sino plurinacional.

A superar dicha incompreensión puede ayudar el que nos hagamos una visión objetiva de las circunstancias en que tuvo lugar la constitución del Estado español centralizado y su trayectoria y, por tanto, de las raíces históricas de nuestro problema nacional.

A esto último aporta una real contribución el Manifiesto Programa del Partido Comunista de España a través de las referencias analíticas que en distintos momentos, hace al tema. Una de ellas, aunque en este terreno hubiera sido deseable aún más explicitud, es la que se refiere (capítulo II, punto 1) al papel de la monarquía absoluta. Es obvio que ésta subordinó a la «prosecución de sus designios hegemónicos en Europa y en el mundo los intereses de España». Es verdad también que «el despoblamiento del país, el aplastamiento de las Comunidades, la supresión de las libertades municipales y la anulación del papel de las Cortes Medievales contribuyeron efectivamente al largo proceso histórico de decadencia económica». Pero también lo es que, en ese contexto, uno de los rasgos característicos de dicha monarquía fueron

sus medidas coercitivas y de discriminación contra las nacionalidades catalana, vasca y gallega, tanto en el pleno político como en el administrativo y cultural.

Esa política no permitía, por otra parte, que la promoción del desarrollo de las fuerzas de producción crease las condiciones para que esas nacionalidades, integradas en el Estado feudal unificado de los Reyes Católicos, que fué por primera vez un Estado español, se «fundiesen» transformándose en una sola nación. En ese sentido tiene mucha razón el historiador Ramos Oliveira cuando dice «*La nación que pareció que iba a levantar la monarquía unitaria quedó por hacer, y la unificación orgánica de España avanzó poco en los ciento cincuenta años de poderío español. Porque en sus últimas aspiraciones la política del Estado español del siglo XVI fué netamente medieval*».

Otra aportación del Manifiesto Programa a la comprensión de la raíz del problema nacional y del emerger del mismo al plano reivindicativo y político, es la referencia (capítulo II, punto 2) al carácter del Estado surgido después de la restauración de 1876. Se caracteriza ese Estado como centralista y burocrático, se explicita que ahogó las aspiraciones políticas y sociales de las clases populares, y que las consecuencias de su política sentaron las bases para «*el surgimiento de los modernos movimientos nacionales de Cataluña, Euzkadi y Galicia*». El haber colocado a importantes sectores de la burguesía industrial (de Cataluña y Euzkadi sobre todo) en una posición política subordinada, tuvo como consecuencia el choque de esas clases con el Estado cuando se hizo patente la crisis del sistema de la restauración.

Cualquier lector comprenderá, sin obstáculos, dos cosas: Que si bien esos movimientos fueron el resultado directo de una política que promovió el choque a que acaba de aludirse, la generación de esos movimientos no se hubiera producido sin la existencia de las respectivas nacionalidades, indiscutible realidad objetiva, sensiblemente afectadas por la política de un Estado centralista burocrático. Que la

posición política subordinada en que, como clase dominante, se colocó a la citada burguesía industrial, revestía una significación mucho más amplia, expresada especialmente en una política uniformista en el aspecto cultural.

El Manifiesto Programa también da otra contribución realmente importante, a la caracterización —nueva por otra parte en un Programa del Partido— de los movimientos nacionales de ese momento. «*Estos movimientos nacionales —dice— basados en una clara realidad, de fuerte raíz popular, expresaron las aspiraciones políticas de diversas clases sociales frente al poder de la oligarquía financiero-terrateniente. Inicialmente encabezados por sectores de la burguesía, más tarde intervinieron en su dirección otras clases sociales y representaron fundamentalmente una opción política democrática frente al Estado centralista burocrático.*»

Esa caracterización viene a superar una laguna de algunos planteamientos hechos en el pasado, por comunistas de las nacionalidades, más inclinados a criticar a esa burguesía que, de todos modos y aún con su contradictoria conducta política, aspiraba a un Estado más moderno, que a analizar críticamente las bases y la propia superestructura política profundamente reaccionarias y arcaicas del Estado monárquico centralista.

El Manifiesto Programa del Partido refleja la madurez alcanzada por éste y la superación de todo dogmatismo en el enfoque de diversas cuestiones, entre ellas las de este tipo, sin exonerar, por ello, a dicha burguesía de la responsabilidad histórica que le corresponde, que es muy grande. No se puede olvidar que fué debido a la actitud de ésta, sobre todo de la gran burguesía catalana, que en el período de 1917-20 fué yugulado el proceso democrática-revolucionario entonces en marcha, proceso que no sólo hubiese podido situar en vías de solución, en la medida que lo hacía posible la época y el contexto, el problema nacional, sino que hubiese podido transformar el panorama latifundista del campo haciendo la reforma agraria. Como eso no se hizo, se prolongó una situación que, en ambos

planos, dependía esencialmente de que se produjeran cambios esenciales en la superestructura política del Estado.

De ahí la justeza de señalar, como lo hace el M.P., que «*La oligarquía financiero-terrateniente —de la que forman parte capitalistas catalanes y la gran burguesía vasca— siempre ha intentado dar cohesión a su propio bloque y arrastrar a los sectores más atrasados del resto del Estado presentando estos movimientos nacionales como movimientos separatistas*», lo que ha servido para que los sectores más reaccionarios hayan hecho del unitarismo burocrático una gran arma política contra las aspiraciones democráticas.

IV

En opinión del que esto escribe el Estado español está compuesto por cuatro nacionalidades (hoy naciones) los términos de las cuales, *a pesar de sensibles diferencias regionales*, responden genéricamente a las cuatro lenguas que se hablan en España: son la nacionalidad de habla castellana y las nacionalidades vasca, la gallega y la catalana (Es sabido que las raíces históricas de la primera se hallan en el reino de Castilla que emergiendo en el siglo XII pasó muy pronto a ser hegemónico de la España Occidental cristiana y en torno al cual se creó en el siglo XV el Estado ya formalmente centralizado). Y si tomamos como referencia fundamental las lenguas, sin olvidar la distinta gradación de su uso (tenemos en cuenta especialmente el caso vasco) es porque creemos que sólo en estos cuatro casos (aunque con matices propios) se dan los rasgos que caracterizan o configuran una nación, no un Estado.

Es criterio comunmente aceptado por los comunistas e incluso por especialistas en esta materia de otras corrientes ideológicas, que *una nación es una comunidad humana estable, históricamente formada, que habita en un territorio común, que posee una lengua propia, que tiene una particular sicología, expresada a través de una cultura peculiar y una economía unificada a nivel de toda la co-*

unidad. Rasgo básico este último que corona el proceso de maduración de la nacionalidad y su transformación en nación. O, para decirlo con otras palabras, la economía unificada ha superado ya el fraccionamiento feudal y la dispersión, características del precapitalismo y de la prelación.

Y por esquemática y europea, y más concretamente mediterránea, que parezca esta fórmula, la realidad es que no se encuentra otra mejor y más científica que caracterice, por un conjunto de rasgos, a una nación, si es que hemos de atenernos al criterio histórico económico materialista y no al idealista psicológico. Y en España el conjunto de estos rasgos en donde concurren, en nuestro libre criterio, es en los cuatro casos citados.

(A este propósito será necesario volver, en otro momento, sobre el significado del uso de la lengua de origen catalán en las «Islas» y en el País Valenciano, del euskera en parte de Navarra, así como sobre otras particularidades que se dan en éstos y otros núcleos o comunidades humanas en relación con la problemática real de las nacionalidades y naciones).

V

Si no se tiene en cuenta la existencia de varias nacionalidades o naciones dentro de las fronteras del Estado o, lo que es lo mismo, el carácter multinacional de éste; si no se parte del hecho de que tres de esas nacionalidades, Cataluña, Euzkadi y Galicia, no disfrutaban de libertades nacionales, la lógica consecuencia es la incompreensión y la negación a esas nacionalidades del derecho de autodeterminación, y hasta del disfrute de un Estatuto de autonomía. La posición cambia cuando se admite la multinacionalidad del Estado y, situándonos ante esa realidad, postulamos el principio marxista de que cada pueblo debe tener derecho a autodeterminarse.

Mas si esta posición, que para los comunistas es de principio, pretendemos que se aplique a todo núcleo

humano o poblacional, a toda región, indiferentemente de si reúne o no los rasgos característicos de pueblo, sinónimo de nacionalidad o nación, podíamos llevar el mencionado principio a lo absurdo. Falsearíamos o tergiversaríamos, además, la realidad existente a causa de problemas idiomáticos, políticos, económicos, administrativos, etc., que siendo muy importantes, dignos de atención y de solución, pueden no entrañar por ello una problemática nacional propiamente dicha.

Los comunistas no podemos dar de lado, en modo alguno, al problema de la desigualdad o de la opresión nacional, si éste tiene, como es evidente en España, una vigencia real y *debemos ser los más decididos luchadores contra esa opresión.* Si concibiéramos la lucha por la democracia y el socialismo al margen y sin tener en cuenta la existencia del problema nacional, así como de los diversos problemas «regionales» existentes, cometeríamos un error porque perderíamos de vista una de las más importantes realidades socio-políticas de nuestro país.

Al propio tiempo, si tratásemos de abordar y de ofrecer soluciones al problema nacional o a los que se le semejan, que no concuerden con la realidad, y al margen de la perspectiva de la lucha general por la libertad en esta etapa y la democracia político-social y el socialismo, cometeríamos asimismo otro fundamental error político.

De ahí que el M.P. distinga o diferencie el hecho nacional del problema o de los problemas de los países, las regiones, zonas o provincias que a juicio del Partido, basándose en un análisis de la realidad objetiva, no tienen una personalidad nacional. Aunque, como queda dicho, tengan problemas lingüísticos, culturales, económicos, administrativos, etc., que el Partido ha reconocido siempre, estando a la vanguardia en el planteamiento general de las alternativas que pueden ofrecerles solución. *Alternativas para las cuales la propia voluntad del pueblo, que solo podrá manifestarse libremente con la democracia, deberá ser la fundamental piedra de toque.*

Esta diferenciación está explícita (en dicho Manifiesto Programa) cuando para el momento de la ruptura democrática o fase del restablecimiento de las libertades políticas se postula (punto 4) «Reconocimiento de la personalidad nacional específica de Cataluña, Euzkadi y Galicia, mediante la aplicación provisional de los Estatutos de Autonomía puestos en vigor o plebiscitados en los años 30». Y en el mismo punto se propugna genéricamente «Autonomía para las regiones».

En la parte que se refiere a la democracia político-social o antimonopolista y antilatifundista, el Manifiesto Programa desarrolla ese criterio, estableciendo puntos distintos y enfoques diferentes: para Cataluña, Euzkadi y Galicia; para las «Islas», País Valenciano, Navarra y Canarias; para las regiones en sentido más genérico.

Se establecen así tres planos: nacionalidades, Países o zonas geográfico-políticas con una problemática específica en el orden político, cultural, humano, y las regiones que no sólo no son nacionalidades sino que tampoco tienen problemas tan específicos como los casos acabados de citar.

VI

Los términos autodeterminación y autonomía suelen ser con frecuencia, e indiscriminadamente, confundidos. Por ello nos parece que no será abusivo recordar lo que, a nuestro entender, representan, en qué se aproximan y en qué se diferencian; y no sólo en cuanto a su definición teórica sino en la propia práctica política. Esto nos ayudará, quizá, a comprender por qué ambos conceptos se hallan también delimitados en el Manifiesto Programa del Partido Comunista de España.

El derecho de las naciones a la autodeterminación es un lema que ya fué enarbolado por los marxistas revolucionarios en vida de Marx y desde la creación de la Primera Internacional, que han seguido defendiendo después de Marx los comunistas, y que la primera revolución socialista, la de Octubre, plasmó en la práctica. Diga-

mos, de paso, que si bien esa práctica ha sido y es objeto de deformaciones que ya Lenin criticó antes de morir (deformaciones habidas sobre todo en la época de Stalin pero no sólo en esa época) es un hecho histórico que para los pueblos que vivían bajo la garra del Zar, la revolución socialista significó su liberación de la opresión nacional zarista, su dignificación, el progreso de sus culturas y, dado el nivel en que la mayoría de ellos se hallaban antes de la revolución, un gigantesco progreso material.

Mas conviene también recordar que el «principio de la nacionalidad» es hijo de la gran revolución francesa; y que la autodeterminación de las naciones ya fué planteada por la pequeña burguesía en los siglos XVII y XVIII, exigencia que se formulaba entonces como el «derecho de la nación a formar su «Estado nacional», pues es sabido que la tendencia de la burguesía en general en su fase ascendente fué la de crear Estado Nacionales. Tendencia que cristalizó en la misma medida en que se produjo un verdadero progreso del capitalismo. Si éste no tuvo lugar, y dentro de un Estado determinado existían diversas nacionalidades, que no llegaron a fusionarse, cristalizó lo que Marx definió como Estados nacionalmente abigarrados. Tal es el caso de España.

Sin embargo, la burguesía, como clase social, después de acceder al poder, de desarrollarse, y de revolucionaria en la lucha contra el feudalismo, al transformarse en reaccionaria, renegó del lema de la autodeterminación: Esto sucedió cuando llegó a la conclusión de que el derecho de autodeterminación ya no servía sus intereses, porque lo utilizaban los países coloniales o dependientes por ella dominados para luchar por su liberación nacional. Y lo utilizaban también los pueblos que en el interior de cada Estado plurinacional reclamaban asimismo ese derecho.

Un reflejo de esa posición de la burguesía en general, lo encontramos en la conducta ya mencionada de la gran burguesía catalana, que se agrupaba detrás de la Lliga, que enarboló primero la bandera nacional de Cataluña pero que ante el temor al avance

del proceso democrático revolucionario, la arrojó por la borda.

Ahora bien, el que la burguesía, como clase social, se haya transformado en fuerza imperialista y reaccionaria, no quiere decir que en situaciones como la que viven los países aún dominados por el colonialismo, no haya un sector o capa de dicha clase que no siga luchando de uno u otro modo por el derecho de autodeterminación. En España, salvo en los casos de Cataluña, Euzkadi y Galicia, en que ciertos sectores de la burguesía nacionalista se pronuncian por ese derecho, porque afecta a los pueblos de que forman parte, las fuerzas burguesas que a nivel del Estado, y en oposición a la oligarquía centralista, aceptan ese principio, conscientes de su contenido, son, a nuestro entender, muy escasas. Pero esto puede ser motivo de discusión en otro momento.

En un plano general quienes hemos seguido y seguimos, consecuentemente, reivindicando el derecho de autodeterminación para los pueblos y naciones, somos los representantes de la clase obrera, clase social la más consecuentemente revolucionaria, y con nosotros las fuerzas más progresivas de la cultura y todos aquellos que se pronuncian por una transformación básica, de fondo, de la sociedad capitalista. Es lógico, ya que desde el ángulo socio-histórico general, la desigualdad y la opresión nacionales son una consecuencia y prolongación de la opresión social, de la división de la sociedad en clases explotadoras y explotadas. Es del antagonismo entre esas clases de donde se deriva la existencia de la desigualdad y de la opresión nacionales. De ahí que el reconocer y luchar por el derecho de autodeterminación para los pueblos (nacionalidades o naciones) sea para los comunistas una cuestión fundamental, de principio.

¿Qué supone, en nuestra concepción, ese derecho?. Supone el que cada pueblo pueda disponer libremente de sus opciones.

1) Proclamarse independiente, separándose del Estado del que ha venido formando parte. (Pueden servir de ejemplos gráficos y recientes los de

Guinea Bissau, Mozambique y Angola, antiguas colonias portuguesas).

2) Decidir unirse a otro Estado.

3) Decidir también mantenerse dentro del mismo Estado en el que ha estado integrado. Esta última opción suele estar ligada al hecho de que junto a sus deberes, al pueblo en cuestión se le garanticen los mismos derechos que a los demás que forman el Estado, y no se le prive de ejercitar el de separarse en el momento que la voluntad nacional así lo manifieste. También puede expresarse a través de otras fórmulas, pero siempre será la nacionalidad o nación dada la que decida soberanamente.

Por considerar que el derecho de autodeterminación supone todo eso, es por lo cual los comunistas lo defendemos tan rigurosamente en serio y *abordamos su conquista en el contexto de un proceso dado de transformaciones democráticas y revolucionarias*. Y apoyamos una y otra de las opciones mencionadas según estas faciliten la liberación social del pueblo, fundamento y base de su definitiva liberación nacional. *Pues un postulado esencial de marxismo revolucionario es la liberación de la explotación, de la opresión social, nacional e, incluso, religiosa.*

El derecho de autodeterminación, el ejercicio del cual entraña plena soberanía para decidirse por una de las opciones antes referidas, es algo cualitativamente distinto de lo que representa la autonomía, tal como existió durante la República en Cataluña y Euzkadi y como se concibe su aplicación en la etapa inmediata, con la conquista de las libertades.

La autonomía, según la etimología de la palabra en nuestras lenguas, es la facultad de una provincia, una región, una nacionalidad de gobernarse por sus propias leyes. Pero no entraña la plena soberanía ni, por tanto, la libre decisión a las opciones mencionadas al hablar de la autodeterminación. De otra parte, la consesión de esa facultad de gobernarse puede ser más amplia o menos amplia, acorde con las circunstancias histórico-políticas concretas. Esa facultad también puede ser anulada o desaparecer cir-

cunstanacialmente, como ocurrió con la autonomía catalana en 1934, cuando el Gobierno republicano de derechas (bienio negro) ordenó al Ejército ocupar el palacio de la Generalidad y encarcelar al Gobierno autónomo de Cataluña.

La autonomía es una especie de convenio o contrato entre el poder central o Estado democrático y los pueblos de las nacionalidades o naciones dadas, cuyas cláusulas figuran en el Estatuto.

Por ello se crea una gran confusión cuando se utiliza el concepto de *autodeterminación* o *autodeterminarse como sinónimo de autonomía* o de la *simple facultad de autogobernarse*. Pues esta facultad, como lo demuestran los ejemplos de Cataluña y Euzkadi, puede ejercitarse con la autonomía, concedida por el Estado, mediante un Estatuto, pero sin que ese autogobierno suponga el derecho de autodeterminación, que incluye incluso el de separación. La facultad de autogobernarse no supone tampoco que pueda vulnerarse el convenio que representa el Estatuto autonómico.

Por medio de éste se delimitan los respectivos poderes o facultades tanto del Estado como de la nacionalidad, en concordancia con la ley fundamental de aquél: la Constitución. Poderes y facultades a las que hay que atenerse.

Llevadas las cosas al extremo se podía decir que, en realidad, con el «*contrato*» estatutario las ventajas están a favor del «*Poder del Estado Central*» que, en última instancia y en circunstancias de excepción, es el que dispone de los medios coercitivos fundamentales para imponer sus decisiones. Pero este planteamiento implicaría una concepción abstracta e indiscriminada (en el fondo pseudoanarquista) del Estado, sin distinguir si el poder de éste se halla en manos de la reacción (con lo cual no habría autonomías), o en manos de las fuerzas democráticas y avanzadas o influido fundamentalmente por éstas, marco fundamental para que las autonomías sean posibles.

El carácter, el contenido del Estatuto puede variar, ya que depende de

la correlación de fuerzas políticas favorables o desfavorables a esa autonomía en la nacionalidad y en el conjunto del Estado. Esa correlación tiene inevitablemente su reflejo en el texto estatutario y en los órganos legislativos y ejecutivos: Parlamento, Gobierno, etc., tanto del Estado como de las nacionalidades.

(Si se analizaran los Proyectos de los Estatutos de Cataluña y Euzkadi al ser presentados al Parlamento de la República y los «*recortes*» de que fueron objeto, se vería la esencia de ese contrato o convenio de modo muy gráfico).

El diccionario de la lengua castellana define el Estatuto en el sentido genérico, como: «*Establecimiento, regla que tiene fuerza de Ley*». Y refiriéndose a esta materia; como: «*Ley especial básica para el régimen de una región autónoma DICTADA POR EL ESTADO* (el subrayado es nuestro) *a petición de ella, después de consultar la voluntad de la misma*».

Esa definición responde, en general, a la experiencia histórica derivada de los Estatutos autonómicos, ya referidos, concedidos a Cataluña y Euzkadi por la República, y del que fue plebiscitado para Galicia.

En suma, la autonomía es, por parte de la nacionalidad, una conquista más limitada que el derecho de autodeterminación y por parte del Estado, una concesión cuyo carácter es también más limitado.

Digamos, finalmente, que en opinión del que esto escribe, una de las diferencias fundamentales entre las autonomías a que nos estamos refiriendo y el derecho de autodeterminación es la que se relaciona con la forma de Estado. Mientras el marco de dichas autonomías presupone un Estado unitario, no federal, en nombre del cual el Gobierno concede la autonomía, la endosa o ratifica, si la autonomía ha sido ya proclamada por la nacionalidad, el Estado constituido por la unión voluntaria de los pueblos que gozan del derecho de autodeterminación y lo han ejercido a favor de permanecer unidos, presupone un Estado Federal. *En ambos casos se trata de un solo Estado pero de distinto carácter o estructura.*

Si autonomía y derecho de autodeterminación se diferencian tan sustancialmente, tienen sin embargo un nexo muy directo. *La autonomía*, aún no alcanzando el nivel que representa el derecho de autodeterminación nacional, será ya un avance muy importante para los pueblos cuyas libertades nacionales son negadas hoy por el poder central del Estado; puesto que, *aún con todas las limitaciones, representa ya, como hemos visto, la facultad de autogobernarse.*

De otra parte, en la escala de los valores de un proceso de transformaciones democráticas, la autonomía debe abrir el camino a la otra conquista, de nivel superior. En definitiva, se trata de conquistas que tienen una relación directa con dos fases diferentes, aunque vinculadas, del mencionado proceso democrático y los cambios fundamentales que al respecto deben ser operados en la dirección del Estado. Es preciso, además, ser conscientes de que dichas conquistas sólo podrán ser logradas por los pueblos de Cataluña, Euzkadi y Galicia con el decidido apoyo de las demás fuerzas revolucionarias y progresivas del conjunto de España.

El P.C. de España y los partidos comunistas de las nacionalidades, somos objeto de la crítica de algunas gentes por el hecho de que en la fase de la ruptura democrática no reivindicamos la aplicación directa para Cataluña, Euzkadi y Galicia del derecho de autodeterminación; porque propugnamos que se reconozca su personalidad nacional y se concrete su autonomía mediante la puesta en vigor (de modo provisional) de los Estatutos de los años 30.

Como las citadas críticas vienen del lado «izquierdista» y a veces también desde quienes para tratar de ocultar su derechismo adoptan una actitud similar, conviene quizá que insistamos en los fundamentos de nuestra posición.

En el movimiento obrero y democrático suele haber a «grosso modo» dos tipos de oportunismo político. Uno, el que llamamos, en nuestro

«argot», de derecha y que se caracteriza, sobre todo, por hacer de las reformas su objetivo final y evitar así la transformación de fondo, revolucionaria, de la sociedad capitalista. Otro, el que llamamos de «izquierda» que jugando al extremismo infantil, a las conquistas desplazadas de la realidad o a la frase revolucionaria, no sólo no logra que la revolución dé un paso sino que a veces crea las condiciones para que, circunstancialmente, se le cierre a ésta su horizonte. Con frecuencia ambos extremos se tocan. Y es lo que nos parece suele ocurrir en este caso.

Lenin decía que la esencia de la «frase revolucionaria» es formular «*consignas magníficas, atrayentes y embriagadoras, pero desprovistas de base*». También decía, con razón, que «*La sustitución de lo CONCRETO por lo ABSTRACTO es uno de los pecados capitales, uno de los pecados más peligrosos, que pueden cometerse en una revolución*».

Si traemos aquí estas citas de Lenin es porque estimamos que el exigir la aplicación *inmediata* del derecho de autodeterminación, para el momento, ya referido, de la ruptura democrática, está tan desprovisto de base como exigir, de modo inmediato, por ejemplo, la instauración del socialismo, cuando lo que se necesita es reunir las fuerzas necesarias para conquistar las libertades aún no logradas, que es hoy la tarea fundamental; tarea que, una vez realizasa, nos permitirá seguir luchando después por la democracia político-social, con vistas a una sociedad socialista. En uno y en otro caso, y permítasenos la simplificación, el problema no está en formular «*consignas*», en «*pedir*»; el problema está en acumular o crear la relación de fuerzas políticas capaz de *lograr, por medio de la lucha*, esas conquistas.

De ahí que nos parezca que con el planteamiento que hacen los que nos critican, se sustituye lo *concreto*, lo *inmediato*, que pueden y deben ser las autonomías, por lo que, en las condiciones actuales de España, resulta aún lo *abstracto*.

Frente a esas dos posiciones está la nuestra, consecuentemente democrática.

tica y revolucionaria, que consiste en tener en cuenta las circunstancias objetivas y el peso real del factor subjetivo, capaz de influir y, en definitiva, modificar esas circunstancias en el sentido de impulsar hacia adelante el proceso democrático. *Para ello nos parece obligado plantear precisamente aquellas reivindicaciones susceptibles de ser comprendidas y apoyadas por las fuerzas que son las llamadas a conquistarlas y, de modo especial, por las grandes masas.*

Digamos, entre paréntesis, que si nuestra posición de principio a favor del derecho de autodeterminación está muy clara, el propósito de que ésta se traduzca a la práctica política está confirmada por toda nuestra trayectoria histórica. Hemos sido el único Partido que a nivel del Estado hemos defendido siempre ese derecho para Cataluña, Euzkadi y Galicia, y apoyado, en consecuencia, la lucha de los movimientos democráticos de dichos pueblos por sus libertades democráticas-nacionales. Y desde los Partidos Comunistas de las nacionalidades hemos sido y somos parte activa de dichos movimientos, cuando no sus principales artífices. *Pero, cada cosa a su tiempo.*

Ateniéndonos a este principio revolucionario elemental, nuestra posición de lucha por la autonomía en esta etapa no está determinada mirando hacia la Historia. Está determinada por la relación de fuerzas en el presente, tanto a nivel del Estado como de las nacionalidades.

En primer lugar, la autonomía es la reivindicación que plantean hoy, ya pueda apuntado, la mayor parte de las fuerzas nacionales democráticas de las nacionalidades, que son las más interesadas en esa conquista. Pero además es a la vez la reivindicación que, por lo que se comprueba, son capaces de asumir las fuerzas (o la mayoría de éstas) que a nivel del Estado han de jugar, y están jugando ya, un papel fundamental en la lucha por las libertades, al frente de las cuales está la clase obrera.

Segundo, es necesario ver con todo realismo —lo repetimos— el nexo de esa conquista con la democratización

general. Y es obvio que la realización de esa empresa política democrática requiere romper o superar las trabas que se le oponen, una de las cuales, y fundamental, está relacionada con la deseada y necesaria unidad del Estado, en cuyo contexto se sitúan las autonomías, como ha proclamado con razón la Junta Democrática de España.

Tercero, aunque sea abundar sobre lo ya dicho, cabe insistir en la necesidad táctica de avanzar hacia la meta del logro del derecho de autodeterminación para Cataluña, Euzkadi y Galicia por etapas, la primera de las cuales será la de las autonomías.

Finalmente, los Estatutos de los años 30, no son sólo un antecedente histórico político democrático que el franquismo barrió de la escena. Son además unos instrumentos jurídico-políticos que por haber servido para cimentar la democracia política en las nacionalidades, representan en esta etapa —aunque a título provisional— un punto de referencia o de partida muy importante para sentar ciertas bases de reconstrucción de esa vida democrática.

Somos partidarios de hacer todo lo posible para que el problema de las autonomías sea resuelto paralela y simultáneamente al de las libertades políticas a nivel del Estado. Ello quiere significar: que ambos conceptos deben hallarse relacionados en nuestros planteamientos, e intercalados en nuestra lucha; que en el momento en que las libertades políticas sean una realidad, deben serlo también las autonómicas. Más no sólo porque así se decida por las fuerzas democráticas y de oposición a nivel del Estado y de las nacionalidades, sino porque en esa decisión intervenga la lucha de las grandes masas en Barcelona, Bilbao, y en las ciudades vitales de Galicia.

Esa lucha que, al unísono con las de Madrid y otras partes de España, hará culminar la acción democrática nacional, imponer la ruptura democrática y establecer gobiernos provisionales democráticos de coalición, a la cabeza del Estado y de las nacionalidades.

VIII

Al concretar las tareas fundamentales que debe resolver la democracia antimonopolista y antilatifundista, el Manifiesto Programa del P.C. de España dice (punto 2): «Respetando el inalienable derecho de los pueblos a decidir libremente de sus destinos, la democracia política y social reconocerá el carácter multinacional del Estado español y el derecho de autodeterminación para Cataluña, Euzkadi y Galicia, garantizando el ejercicio efectivo de ese derecho para los pueblos. Los comunistas propugnamos la libre unión de todos los pueblos de España en una República Federal».

Se plantea así, de modo concreto, el reconocimiento del derecho de autodeterminación nacional. Porque se plantea ya en el contexto de un Estado democrático, que se autodenomina multinacional.

¿Como puede preverse, en lo que cabe, que ocurran las cosas?

Una vez conquistadas las libertades democráticas y las autonomías, la multinacionalidad del Estado puede ser plasmada en la nueva Constitución, que han de elaborar las Cortes Constituyentes elegidas por sufragio universal y que pasará a ser la carta fundamental del nuevo Estado democrático.

Mas la multinacionalidad podrá figurar en dicha carta en la medida en que las fuerzas políticas que tienen esa concepción del carácter del Estado español, posean en el seno de dicha Constituyente, y en la calle, el apoyo suficiente para que prevalezca ese criterio. Si no fuese así (nosotros cree-

mos que lo será) dicho criterio habrá de prevalecer, en último término, cuando se haya creado a ese respecto el consenso democrático necesario. Es lo que también ocurrirá, en definitiva, en relación con el inicio de la senda de la democracia político-social que los comunistas proponemos como alternativa a la vía monopolista.

Nuestra posición a favor de la «libre unión de todos los pueblos de España en una República Federal», es consecuente con nuestra posición de principio a favor del reconocimiento del derecho de autodeterminación para cada nacionalidad o nación, derecho que consideramos inalienable. La unión voluntaria, dentro del mismo Estado, lo subrayamos nuevamente, es una de las variantes u opciones de como ese derecho puede ser aplicado.

Digamos, finalmente, que la adopción concreta de esa variante, es decir, la Constitución del Estado Federal, implica el que los pueblos afectados posean de antemano el derecho de autodeterminación. *Para que los pueblos o naciones se federen, se unan por su libre voluntad, necesitan poseer antes derechos iguales, ser soberanos para decidirse por cualesquiera de las opciones repetidamente mencionadas.*

Nosotros estamos a favor del tipo de unidad del Estado español que representará la Federación, porque estimamos que si esa unidad es necesaria en esta etapa lo será también, y por múltiples razones, en el futuro. *Al nivel histórico en que hoy nos hallamos a quien interesa en primer lugar esa unidad es a la clase obrera y a las fuerzas populares y democráticas más avanzadas.*

DE LA RUPTURA DEMOCRÁTICA AL SINDICALISMO UNITARIO

Los desesperados esfuerzos que realizan los ministros del «primer gobierno de la Monarquía» para prolongar —a costa de lo que sea— el disfrute de unos privilegios escandalosos por parte de grupos minoritarios nacidos o desarrollados bajo Franco, no sólo no consiguen contener la acción obrera y popular, sino que ésta se extiende y se afirma. Cualquier acontecimiento se utiliza para mostrar la voluntad de un pueblo cada día más maduro para la democracia.

La crisis económica, social y política; la crisis de la Universidad, religiosa, de la política exterior del régimen, se ha agudizado en estos últimos meses en los que la clase obrera ha respondido a las provocaciones del Gobierno con una acción cuya envergadura nadie discute.

Nadie pone en duda, tampoco, que este nuevo e impresionante «tirón» de la clase obrera —que ha estimulado acciones de gran envergadura en otros sectores sociales— está dentro de su objetivo inmediato: realizar la huelga general, como aportación decisiva a la acción nacional ciudadana que provoque la ruptura democrática.

Los reaccionarios «bunkerizados» no tienen más perspectiva que retrasar el

momento del cambio, de hacerlo más doloroso, pero ya no pueden evitarlo.

Ante esta visible realidad, el Secretariado de la Coordinadora General de las Comisiones Obreras —principales protagonistas en el lanzamiento y dirección de las luchas proletarias— ha sometido a consideración de los trabajadores, de sus organizaciones y de la opinión pública en general, un anteproyecto de MANIFIESTO de la UNIDAD SINDICAL en el que se exponen las bases que considera mínimas para **«construir el nuevo sindicalismo que demanda el período histórico en que estamos».**

La necesidad de esta nueva y trascendental iniciativa por parte de las CC.OO. se fundamenta en dos bases principales:

LA PRIMERA resulta de la nueva situación creada en el país tras la desaparición de Franco y la constatada imposibilidad de evolución hacia la democracia a partir de las estructuras franquistas.

La necesidad de la RUPTURA DEMOCRÁTICA es reconocida ya, sin reservas, por las principales fuerzas de la oposición, incluso por grupos o personalidades que habían depositado

una cierta confianza en la posibilidad de las «reformas». Y una parte integrante de esa RUPTURA ha de ser la RUPTURA SINDICAL, dada la manifiesta incapacidad del Sindicato Vertical para defender los derechos de los trabajadores, así como la imposibilidad de su «reforma».

Sobre esta cuestión parece existir un total acuerdo entre las diversas corrientes sindicales que actúan, con más o menos influencia, en el movimiento obrero.

Frente a las intenciones de reformas de la Ley sindical o la proclamación de una nueva Ley, los trabajadores y las fuerzas democráticas oponen LA LIBERTAD SINDICAL.

Pero de la misma forma que se plantea, a nivel general, una alternativa democrática, basada en un programa mínimo para acelerar el cambio y abrir el nuevo periodo constituyente los trabajadores necesitamos, dentro también de esa alternativa democrática, una ALTERNATIVA SINDICAL, que evite el vacío que podría produ-

cirse al desaparecer la institución sindical fascista. A este fin, las CC.OO. defienden la necesidad de celebrar un Congreso Sindical Constituyente que sirva para definir la forma y características del futuro sindical español.

Toda la orientación del MANIFIESTO se dirige a la creación de un sindicalismo unido en la libertad, lo que podríamos considerar como la SEGUNDA base del documento. SEGUNDA porque sin la ruptura democrática, sin las libertades políticas y sindicales, no tendría sentido semejante planteamiento. De ahí que la tarea principal siga siendo el desarrollar la acción del movimiento obrero, cada vez más entrelazado con la acción de los demás movimientos de masas y fuerzas políticas interesadas en el cambio.

Pero es precisamente ahora, en el momento en que se están librando las batallas decisivas para provocar la ruptura democrática, cuando aparece



Asamblea obrera en el patio de una empresa.

la necesidad de plantearse ese futuro sindicalismo unitario, democrático e independiente, por el que se pronuncian masivamente los trabajadores de todo el Estado español. Y si bien es verdad que todas las tendencias existentes hoy en el movimiento obrero están de acuerdo en la necesidad de «romper» —de una u otra forma— el Sindicato oficial impuesto, si todas las tendencias o corrientes se pronuncian por la unidad, no se puede afirmar que se esté de acuerdo en COMO llegar a esa unidad tan vital para los trabajadores. Vital porque podemos continuar marginados en la sociedad tanto con un unidad impuesta como con un pluralismo que nos divida, para seguir siendo juguetes del poder de los monopolios, empresas transnacionales o de un Estado a su servicio.

La importancia y oportunidad del MANIFIESTO se comprueba por el gran eco que ha tenido en los más diversos medios sociales y políticos del país, incluido un importante sector de la prensa. A nivel internacional hemos recogido ya numerosas pruebas del interés despertado en los medios sindicales, especialmente de Europa.

Dentro de una aprobación general del MANIFIESTO, considerado como una importante aportación al nuevo sindicalismo **«que demanda el período histórico en que estamos»**, han aparecido ya dudas —más que críticas— sobre las posibilidades de materializar las ideas que se exponen.

A este respecto cabe recordar que las CC.OO. se han pronunciado desde su origen, por este tipo de sindicalismo. Al pronunciarse como:

«Una forma de oposición unida de todos los trabajadores sin distinción de creencias o compromisos religiosos o políticos a unas estructuras sindicales que no nos sirven», se proponían **«preparar un mañana de libertad y unidad sindical»** por lo que **«no pretendían hoy ni mañana ser un sindicato y menos todavía una agrupación política»**.

«Luchamos por la conquista de unas libertades básicas que permitan a los trabajadores, reunidos en Asambleas democráticas, decidir sobre su futuro, creando su propia organización sindical como lo estime conveniente la

mayoría, con absoluto respeto a las minorías auténticamente representativas».

«Salvando el principio democrático según el cual seremos los propios trabajadores los que en su día tendremos que decidir sobre la forma del futuro sindicato español, las CC.OO. abogamos y luchamos por la unidad sindical, siempre y cuando ésta unidad esté basada en la libertad, la democracia y el respeto a la diversidad de los grupos ideológicos participantes» «... la división sería un suicidio de clase en la España de los monopolios cuando tenemos enfrente un capitalismo poderoso con sus organizaciones patronales e industriales unitarias». (Declaración de CC.OO. Madrid Junio 1966).

Toda la acción de las CC.OO. —salvo en lugares o momentos en los que la bestial represión ha puesto tantas dificultades— se ha caracterizado por la fidelidad a estos principios. Por eso precisamente han llegado a ser el factor determinante para poner en pie este nuevo movimiento obrero, el gran derrotado de la guerra, el que más ha sufrido y sufre la represión, pese a lo cual ha sido y sigue siendo el factor principal de la lucha contra la dictadura y por la democracia.

Quedan por tanto totalmente desplazados los criterios de ciertas gentes que se empeñan en trasladar a nuestro país experiencias de otros países más o menos cercanos. EL MANIFIESTO DE LA UNIDAD SINDICAL no es más que un desarrollo de los principios que han animado desde el primer momento a las CC.OO., incluida la existencia de diversas corrientes en su seno, que se han ampliado a medida que el movimiento tomaba una mayor extensión.

Por lo que respecta a la independencia del nuevo sindicalismo y ante las preocupaciones que surgen en relación con las **«correas de transmisión»** de determinados Partidos (aunque aquí sería demasiado ingenuo no ver que siempre se refieren al P.C. —los otros parecen tener bula—) hay

que afirmar que el P.C. de España ha sido, sin ninguna clase de dudas, el que ha elaborado durante todo este periodo una línea más clara y definida en lo que respecta al nuevo movimiento obrero. Que todo el que esté preocupado por este problema repase los documentos aprobados en Congresos, Plenos del C.C. o escritos de sus dirigentes más clarificados.

Yo me limito a reproducir unas frases del discurso de Santiago Carrillo en el informe Central ante la II Conferencia Nacional del P.C. de España que aprobó el Manifiesto-Programa del P. (Septiembre 1975).

«Con respecto a la conquista de los Sindicatos yo quiero dejar claro que nosotros no tenemos ninguna pretensión al monopolio de la dirección del movimiento sindical. Cuando hablamos en esos términos nos referimos a la conquista de los Sindicatos, hoy en manos de la burocracia, por los mismos trabajadores y por los representantes designados por ellos en toda libertad».

«Ese primer paso crearía las condiciones para que después los trabajadores decidan democráticamente las formas de su organización sindical y se pronuncien de la misma forma por la unidad sindical o por el pluralismo».

«Ya es sabido que los comunistas somos partidarios de un solo sindicato obrero; que la división sindical sólo es favorable a las clases explotadoras».

«Pero esta cuestión tienen que decidirla los obreros mismos y nadie puede imponerles desde el Gobierno una u otra solución, ni la unidad ni el pluralismo».

«Por otra parte los comunistas indicamos ya desde ahora que si la unidad sindical se realiza por decisión de los trabajadores, como deseamos y en lo que estamos empeñados, las direcciones sindicales deberán ser elegidas democráticamente y que nosotros defenderemos el principio de la representación proporcional a fin de que todas las tendencias con influencia obrera



Una manifestación obrera a la salida del trabajo.

estén representadas con arreglo a su fuerza, en la dirección del Sindicato unitario».

¿Se puede responder a todo esto con el último «argumento» del maquiavelismo de los comunistas? Pobre Partido, que tiene miles de militantes empeñados en la aplicación de estos principios si en algún momento se les dijera que todo eso no era más que «maniobras». No. El P.C. que ha realizado los mayores esfuerzos, entregando a la recomposición del movimiento obrero a una mayoría de sus mejores militantes, es un Partido que puede ser criticado por otra cosas. Nunca por falta de seriedad.

Y por esta razón, ante la trascendencia del MANIFIESTO DE LA UNIDAD SINDICAL, los comunistas pondremos todo nuestro empeño en su enriquecimiento y aplicación. Porque estamos al servicio de los trabajadores y es ante ellos ante quienes tenemos que responder.

Con la confianza y optimismo que emprendemos todas las demás tareas, ésta de participar activamente en la construcción del nuevo sindicalismo que se propone por las CC.OO. merece la consideración de una tarea fundamental.

Cierto que la empresa es de una gran envergadura y va a encontrar dificultades para realizarse.

Los enemigos o adversarios de la unidad sindical, con argumentos a veces contradictorios, no son pocos y algunos cuentan con medios poderosos. Muchos ya se están dando a conocer.

Pero nuestra confianza y optimismo se cimienta en los que realmente tienen que decidir: los trabajadores, que están comprobando, en la práctica diaria de su acción, el valor inapreciable de la unidad.

Las posibilidades de llegar a esta solución se están constatando en todo el proceso de luchas bajo el franquismo y muy especialmente en las últimas acciones en las que millones de trabajadores han participado UNITARIAMENTE. En muchos casos, respondiendo a llamamientos UNITA-

RIOS de las diversas tendencias que inciden en el movimiento obrero.

Cierto que no es igual la participación unitaria en la acción en una situación como la presente, que crear el sindicato unitario en la libertad. Pero son experiencias que es necesario retener para el futuro.

También es posible que cada corriente o tendencia sienta la necesidad de mantener o reconstituir sus estructuras sindicales, por las razones que sean. Pero eso tampoco puede ser un obstáculo imposible de remontar, si se aceptan las soluciones propuestas en el MANIFIESTO, enriqueciéndolas en todo lo que se considere necesario. En CC.OO. tampoco es nuevo este problema. Por poner un ejemplo ilustrativo, recordemos que durante un largo período, una organización sindical como A.S.T. (Asociación Sindical de Trabajadores) participó plenamente en CC.OO. manteniendo su estructura sindical.

Lo que no sería aceptable por los trabajadores y por los dirigentes que ellos mismos se han dado, es echar por la borda toda la riqueza acumulada por el movimiento obrero en estos 40 años de fascismo.

Y, si como se dice en el MANIFIESTO, no sería justo atribuir a las CC.OO. exclusivamente, los resultados del resurgimiento y desarrollo espectacular del nuevo movimiento obrero en las condiciones de una dictadura fascista, cualquier observador imparcial reconoce hoy, que la aportación de CC.OO. ha sido la fundamental.

De aquí que, contra ciertas opiniones que surgen de diversas «fuentes» que proponen «reconocer los servicios prestados» a las CC.OO. para enviarlas al museo de la Historia, nos parezca como una necesidad indiscutible la extensión de las CC.OO. y el reforzamiento de sus estructuras o parte organizada. Tanto para facilitar la acción que acorte los plazos que aún nos separan del cambio, como para que jueguen el papel que les corresponde en el proceso posterior hasta su culminación en la UNIDAD SINDICAL libremente decidida por los trabajadores.

Marzo de 1976

¿QUE ES

EL PARTIDO COMUNISTA

DE ESPAÑA?

Publicamos a continuación un capítulo del libro de Ignacio Gallego **¿QUE ES EL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA?** próximo a aparecer en Colección Ebro de París.

Este interesante libro está dedicado a los problemas de organización del Partido y al análisis de las ricas experiencias acumuladas en el proceso de la construcción de un grand Partido de masas.

¿PARTIDO COMUNISTA DE MASAS EN LAS CONDICIONES DE CLANDESTINIDAD?

SITUO bajo interrogación el título porque a algunos, la idea de edificar un Partido Comunista de masas en la ilegalidad les parecía una quimera. Consideraban más prudente permanecer en las catacumbas manteniendo mal que bien el fuego sagrado, en espera de tiempo mejores. Puede haber quien siga pensando así, pero cualquiera que aprecie el peso de nuestro Partido en la política nacional comprenderá que de habernos limitado a una labor conspirativa no tendríamos la influencia que tenemos. Eso hubiera tenido más de común con el conservadurismo que con la prudencia.

Nos hemos explicado más de una vez sobre lo que decíamos cuando hablábamos de salir de las catacumbas, explicitando bien que se trataba de salir a la superficie con el movimiento de masas y que ello no contra-

decía en lo más mínimo la necesidad de observar unas determinadas reglas dada la situación en la que estamos obligados a actuar.

La persecución de la que es víctima nuestro Partido no cesará mientras no hayamos acabado con el fascismo. Estamos obligados a tenerla en cuenta en todo nuestro trabajo, afrontando las dificultades, riesgos y peligros que de ella se derivan. Esto no nos impide tener una concepción abierta sobre el papel de nuestro Partido, sobre los métodos que debe aplicar en toda su labor.

Casi no hace falta pararse a demostrar que incluso en estas condiciones el Partido Comunista puede ser un partido de masas, porque ya lo es. El problema para nosotros es que lo sea aun en mayor medida, que esté cada vez en mejores condiciones de hacer frente con éxito a sus deberes.

Ello nos obliga a crear en miles de cuadros y militantes la conciencia, el convencimiento de que ya hoy, en las condiciones de la ilegalidad, empezamos a construir el Partido de la legalidad democrática. ¿Una contradicción? Si, pero no insoluble. Partimos de que las dificultades pueden ser resueltas a condición de aplicar consecuentemente nuestra política de masas, de hacer política a todos los niveles. Decimos bien política, y no polítiquería que es lo más que se atreven a hacer algunas gentes. Y hacer política significa trabajar por la incorporación de las masas a la acción por los objetivos correspondientes a cada una de las fases de la revolución.

En situaciones anteriores, nuestra concepción del partido podía parecer un tanto subjetivista debido a las limitaciones de la lucha de las masas. Hoy, dada la amplitud que ha alcanzado esta lucha, es más fácil comprender que nuestro partido necesita y puede crecer para estar en mejores condiciones de llevar su política y sus iniciativas a los españoles que aun permanecen más o menos expectantes.

El partido es la vanguardia revolucionaria de la clase obrera y del pueblo por su organización, por su programa, por su táctica y estrategia, pero al mismo tiempo tiene que ser una parte, lo más numerosa posible de las masas populares. Por razones obvias su atención primordial ha de estar dirigida a su clase, ser fuerte entre su clase, tiene que ser su principal vocación. Pero no puede limitarse a ser fuerte en las fábricas, en las empresas de la construcción, en los distintos sectores del proletariado industrial.

En la Banca, por ejemplo, donde desde hace mucho tiempo funciona el partido, el propio desarrollo de la lucha, en la que los comunistas teníamos nuestra parte, nos exigía crecer y nos ofrecía la posibilidad de crecer.

Otro ejemplo: las huelgas de funcionarios en varios ministerios que sorprendieron a muchas gentes, a nosotros no nos sorprendieron, porque vimos a tiempo y no subestimamos el papel de los funcionarios del estado en una sociedad moderna.

Los militantes del partido en este sector despliegan una labor audaz e inteligente en defensa de las reivindicaciones de los trabajadores de la función pública. Aquí también puede decirse que su política abrió camino a la organización.

En 1967 era publicado por «Colección Ebro» el libro titulado «Un futuro para España» en el cual puede leerse:

«Los funcionarios del Estado y demás entes públicos, han crecido y están creciendo en número, debido, entre otras cosas, a la intervención cada día mayor del Estado en la vida económica. Ese crecimiento origina un cierto cambio en su composición social. El reducido y, en cierta forma, privilegiado grupo de antaño se ha convertido en una amplia capa de personas —unas 800.000— con sueldos bajos, explotada también por el capitalismo monopolista de Estado y cuya situación económica se asemeja cada vez más a la de la clase obrera. En la actualidad, si bien a una parte de los altos funcionarios cabe identificarlos con el poder oligárquico y otros están influidos por la ideología del neocapitalismo, la mayoría de entre ellos es susceptible de dar su aportación a la democracia, en la medida en que, por el desarrollo de la lucha de las fuerzas antimonopolistas, vayan comprendiendo que su causa está vinculada a la de aquéllas».

¿No es este un talón de Aquiles del aparato del capitalismo monopolista de Estado?

Los funcionarios —entre ellos muchos del más alto rango— hicieron pública su plataforma democrática en marzo de 1975, poniendo de manifiesto no solamente la amplitud de la convergencia de fuerzas frente a la dictadura, sino, además, la coincidencia en lo fundamental de la problemática de esta masa de trabajadores con otros sectores del mundo del trabajo.

EN períodos anteriores hablando del partido de masas podía haber quien pensara en la necesidad de actuar casi exclusivamente entre la clase obrera y los campesinos. Cuando tienen lugar las huelgas que

por no decir una solemne tontería, abarcan a miles de médicos, huelgas amplísimas de maestros de primera enseñanza, quienes a través de esta forma de lucha han introducido el problema de sus reivindicaciones en millones de hogares, huelgas de decenas de teatros con los cuales se han solidarizado el 90% del personal de la Televisión, luchas tan masivas como la de los estudiantes y profesores universitarios, a los que el gobierno no ha sido capaz de hallar otra respuesta que la represión y el cierre de facultades, aparece con gran fuerza la necesidad del Partido Comunista de masas entre las fuerzas de la cultura.

Y algo semejante puede decirse en relación con el campo, pues ya no son solos los jornaleros agrícolas quienes organizan huelgas, sino los labradores y ganaderos, infantería del Ejército franquista, y hoy víctimas de una expoliación despiadada.

En resumen, cuando la lucha de masas se extiende a todos los estamentos populares sin excepción, la concepción misma del Partido Comunista de masas aparece como una necesidad insoslayable. La vanguardia tiene que estar presente, con su política, con sus iniciativas y con su fuerza organizada en todos esos frentes de lucha.

Sin duda en ello cuenta mucho la calidad de los militantes y dirigentes del Partido en cada lugar, pero cuenta también la **cantidad**, pues para llegar a grandes masas humanas hace falta una masa de hombres y mujeres, al mismo tiempo que decididos y abnegados, lúcidos y capacitados para imprimir a la lucha una orientación correcta.

Enfrente tenemos un régimen descompuesto pero que no caerá por sí solo. Alcanzada la libertad, las condiciones de la lucha de las fuerzas revolucionarias serán mejores, pero seguiremos teniendo enfrente un sistema social que se resiste a desaparecer, y que para resistir cuenta no solamente con su poder político, económico y militar. Cuenta además con la fuerza del atraso, de la tradición y de la rutina.

Ningún revolucionario puede subestimar esa fuerza. Es una puerilidad

pensar que se le puede vencer sin oponerle una organización en la que se fundan la juventud y la experiencia, la ciencia y la práctica revolucionarias. No una organización cualquiera, sino precisamente ese tipo superior de organización: **Un partido pertrechado con la teoría revolucionaria del marxismo-leninismo, un partido al que nada pueda desviar de su camino.**

Partimos de esta verdad confirmada por la práctica: hasta hoy los trabajadores no han logrado en ninguna parte liberarse de la explotación capitalista sin contar con un destacamento de vanguardia de tales características.

Pero en los últimos años surgieron por doquier, grupos más o menos importantes, cuyo primer acto ha consistido en proclamarse vanguardia revolucionaria del proletariado.

LOGICAMENTE nosotros consideramos que en nuestro país ese destacamento es el Partido Comunista de España del cual forman parte el Partido Comunista de Euzkadi y el Partido Comunista de Galicia. En los principios y en la línea política general entre el Partido Comunista de España y el Partido Socialista Unificado de Cataluña existe plena identificación y en los estatutos de ambos partidos están establecidas las normas que aseguran la actuación conjunta, sin menoscabo para la autonomía de cada uno de ellos.

¿Por qué se organizan los comunistas de Cataluña, Euzkadi y Galicia en partidos nacionales?

Porque son parte de dichas naciones y luchan en vanguardia por el derecho de las mismas a su autodeterminación. En nuestra concepción marxista-leninista el derecho de autodeterminación incluye el derecho a la separación. Esto lo sabe todo el que se haya preocupado un poco por conocer nuestra teoría y nuestro Programa. Es curioso que gentes que jamás entendieron este problema y que probablemente siguen sin comprenderlo nos reprochen a los comunistas no tener suficientemente en cuenta los

derechos y libertades nacionales. Evidentemente la lucha por tales derechos y libertades es para nosotros una parte inseparable de la lucha por la democracia.

En el presente no puede estar más claro quien es el enemigo de las libertades de todos los pueblos de España. Basta contemplar la salvaje agresión llevada a cabo contra el pueblo vasco, por los fascistas, por los mismos que persiguen, torturan y asesinan en todo el país. Y que no se presente como pretexto estos o aquellos actos de ETA, porque en el Ferrol, en San Adrián del Besós, en Granada y más recientemente en Vitoria y en un inmenso etcetera que abarca a toda España la represión fascista estuvo precedida a lo sumo de una huelga o de una manifestación absolutamente pacíficas.

Si los comunistas situamos entre los grandes problemas de nuestro país el problema nacional, cuya solución presupone el reconocimiento de la plena igualdad para todas las naciones que forman el Estado español, y si además concedemos gran importancia a los problemas regionales ¿por qué nuestro Partido forma un todo y funciona con una dirección centralizada? Porque somos el partido de la clase obrera y ésta es una clase única en todo el país. Antes he dicho que nosotros somos partidarios de la autodeterminación de cada nación, incluido el derecho a la separación, lo cual significa que los comunistas, en éste como en cualquier otro terreno, respetaremos la voluntad popular libremente expresada. Pero estamos profundamente convencidos de que no solamente la clase obrera sino todos nuestros pueblos están interesados en mantenerse solidamente unidos y encontrar las soluciones más adecuadas para avanzar por la vía de la democracia y el progreso político y social.

DECIA anteriormente que para nosotros, como es lógico, la auténtica vanguardia revolucionaria es nuestro Partido. Nos afirma aun más en nuestra convicción el hecho que los múltiples proyectos de

creación de partidos revolucionarios reconocen la validez del marxismo. La mayor parte se remiten con frecuencia a Lenin y a la experiencia de una u otra revolución triunfante.

¿Simple disfraz para engañar a incautos?

Generalmente, y sin que se pueda excluir que haya algo de eso, se trata de un fenómeno más profundo. Nos basta mirar la trayectoria de una parte de militantes, e incluso de dirigentes de nuestro Partido, para ser muy prudentes a la hora de emitir juicios sobre lo que se proponen quienes empiezan su actividad en otras formaciones más o menos revolucionarias.

Esto no significa callar ante actuaciones que consideremos erróneas. Lo que consideramos importante y necesario es utilizar el arma de la crítica con seriedad, sin lo cual lo que podría ayudarnos a todos se convierte en un obstáculo para todos. Estoy refiriéndome a quienes, aun discrepando en unas u otras cosas, proclamamos la validez del marxismo y aspiramos al socialismo.

Se explica que haya jóvenes que conociéndonos mal y movidos por un trasfondo anticomunista se ilusionen con la idea de ser fundadores de partidos diferentes del nuestro. Pero ¿entonces por qué nos roban el nombre? Si lo hemos hecho tan mal como dicen, este nombre debería estar desprestigiado. Dejando de lado esa deshonestidad, les podemos preguntar: ¿Es serio pensar que el Partido Comunista de España no ha estado y no está a la altura de su misión?

Antes de responder y para poder hacerlo con un mínimo de rigor, se deberían tomar la molestia de conocer cuál fue la política y el comportamiento de los comunistas en la guerra nacional revolucionaria de los años 1936-1939, en las guerrillas hasta 1950, en las prisiones y ante la tortura y los piquetes de ejecución, deberían procurar saber cuál ha sido la aportación teórica, política y práctica del Partido Comunista a la puesta en pie del nuevo movimiento obrero, del movimiento de estudiantes y de los demás movimientos de masas.

Si los grupos que se han propuesto sustituir a nuestro Partido no han tenido mayor desarrollo, ello no se debe a la mayor o menor sagacidad de sus promotores. Se debe principalmente a que no responden a una necesidad objetiva. La misión que dicen querer cumplir es la que cumple nuestro Partido con aciertos y desaciertos, con victorias y con derrotas, pero con una concepción propia de la marcha hacia el socialismo y con una política que hace suya la parte más consciente de la clase obrera y de otras fuerzas del trabajo y de la cultura.

En el mejor de los casos esos grupos que ven en nosotros un «obstáculo» para avanzar hacia el socialismo se inspiran en análisis superficiales de la realidad, en el simple deseo de ir más de prisa. Como no es posible ir más de prisa en los hechos, van más lejos en las palabras. ¿Es esto una crítica? Es sólo una constatación, en la que no pongo ni una gota de hostilidad.

El que en su juventud no haya pasado por esa inclinación a tomar sus deseos por realidades tóquese la ropa antes de enorgullecerse de ello, pues bien puede suceder que con los años se haya olvidado de como era realmente de joven, o peor aún, que en su juventud no haya tenido inquietudes revolucionarias.

Es difícil mirar serenamente una realidad llena de injusticias, violencias y arbitrariedades; es difícil mantenerse firmes y no caer en la desesperación cuando se tiene enfrente un régimen tan odioso como el fascismo, es difícil tener conciencia del daño inmenso que causa cada día y cada hora el poder de los monopolios capitalistas y no pensar en la tea, en la metralleta y en la bomba para acabar con él. Se explica que haya personas que piensan honestamente que el Partido Comunista no es suficientemente revolucionario. Para quienes piensan así todo se reduce a simplificar. El caso es ir de prisa, muy de prisa, acabar enseguida con el fascismo y con el capitalismo, con todo a la vez. ¡Nada de etapas ni fases intermedias, nada de libertades democráticas formales, nada de alianzas ni compromisos con la burguesía! ¡Clase contra

clase, el que no está con la revolución está contra la revolución, las masas están despolitizadas, pero seguirán a los grupos audaces, a condición de sacudirlas con bombas, o con hojas inflamadas, o como sea! Empapados de lecturas revolucionarias y creyéndose en posesión de la verdad absoluta, quienes piensan así hablan y escriben de táctica y estrategia revolucionarias con absoluto desparpajo y, a veces, dicen cosas que merecen reflexión. Uno de sus defectos consiste precisamente en no tener suficientemente en cuenta, o en olvidar por completo que las etapas de la revolución son una realidad de la cual es obligado partir a la hora de elaborar una táctica y una estrategia revolucionarias.

Ahora mismo, en España, cualquiera que haga política en serio y no política ficción, sabe que la cuestión principal es: para unos asegurar la continuación de la dictadura fascista, retocándola lo menos posible, a lo sumo blanqueando el viejo edificio; para otros, la inmensa mayoría, se trata de poner fin al fascismo y establecer la democracia.

Aunque estén muy alejados de nuestras posiciones haríamos muy mal en subestimarlos. Todo menos eso. No simplemente porque a los jóvenes —y a los demás— les mortifica e indigna el menosprecio, sino porque la mayoría de ellos, aunque estén confundidos, son luchadores antifascistas. Pero hace falta decir también que esas posturas «ultra-revolucionarias» sirven con frecuencia para dividir a los trabajadores, para dificultar la unidad antifranquista y para desarticular los diversos movimientos de masas.

Si no dijéramos estas cosas claramente, aunque de momento nos evitáramos dolores de cabeza, dejaríamos de contrarrestar ideas y comportamientos de cuya nocividad estamos convencidos. ¿Por qué no decirlo? Hay jóvenes que se denominan revolucionarios y hasta marxistas-leninistas y que, al mismo tiempo, manifiestan un odio visceral hacia nuestro Partido. Tienen la «condescendencia» de reconocer que los militantes comunistas son combativos, solidarios, abnegados, etc., etc. Pero de esos elogios se pasa fácilmente a insultos que son la repe-

tición de los que hemos oído miles de veces a los franquistas.

El gran hallazgo «ideológico» del fascismo fue el de la «revolución» contra el comunismo y contra el capitalismo. Esas cosas no se pueden decir hoy sin guardar las formas, pero se dicen, y hay personas que están sinceramente contra el capitalismo pero por ignorancia u obcecación dedican sus mejores energías a luchar contra el Partido Comunista.

Se dejan influenciar por ideas cuya paternidad no les pertenece. Les bastaría reflexionar sin apasionamientos, pensar con su propia cabeza para comprender que el anticomunismo es una parte esencial de la ideología de la reacción y el fascismo y en un sentido más general el arma «ideológica» de un sistema social que se va irremisiblemente a pique, empujado por las fuerzas sociales progresivas y revolucionarias.

Afortunadamente, un número creciente de personas contaminadas por ese virus, al descubrir el juego de que son víctimas, proceden con sinceridad y valentía. Nuevos militantes —y otros no tan nuevos— que han pasado por las experiencias políticas más diversas durante un período de su vida apenas si podían imaginar que un día ingresarían en el Partido Comunista.

Explicaba uno de ellos que, formando parte de uno de los llamados grupos izquierdistas, se puso a estudiar la política del Partido Comunista a fin de poderla combatir con mayor eficacia. Para él, a priori esta política era revisionista. Había que encontrar sus puntos más vulnerables, oponiéndole otra política, por supuesto auténticamente revolucionaria. Este hombre llegó a la conclusión de que lo más que podía hacer era cambiar la formulación de uno u otro de los planteamientos que se proponía rebatir. Por honestidad intelectual y por honestidad pura y simple, desvanecidas sus principales dudas, decidió pedir el ingreso en el Partido.

Claro que no todos encuentran en sí mismos la fuerza para someter su pensamiento a un examen autocrítico.

Siempre se pueden encontrar ejem-

plos para apoyar una u otra tesis. Yo he hecho uso de este ejemplo porque me parece típico de lo superficial que suele ser la hostilidad hacia el Partido Comunista de no pocos de los jóvenes revolucionarios que se consideran nuestros adversarios.

En una parte de los que nos combaten hay desconocimiento de lo que somos y de lo que queremos y la culpa de ese desconocimiento no es siempre suya.

DESPUES del largo y trágico período de dictadura que ha conocido nuestro país, toda persona de ideas revolucionarias, más aun todo demócrata, puede comprender que la existencia de un gran Partido Comunista es una necesidad nacional.

Y, efectivamente, lo comprenden muchos trabajadores e intelectuales de todas las categorías, una parte importante de la juventud, miles de mujeres organizadoras y dirigentes de infinidad de luchas.

¿Debemos esperar a que todas estas fuerzas fuercen las puertas de nuestro Partido para entrar? Somos los que estamos dentro quienes tenemos que abrírselas.

Urge poner nuestros métodos y formas de trabajo a tono con nuestra política, teniendo en cuenta las nuevas condiciones y las nuevas posibilidades. ¿Pero existen nuevas posibilidades? Existen y no verlas, o simplemente subestimarlas, sería peligroso, nos impediría avanzar al ritmo que la situación exige, dejaría a la deriva una parte de las fuerzas que esperan una orientación de nuestro Partido.

Esas nuevas posibilidades son, ante todo, resultado de la lucha de las masas, son también el resultado de la desintegración del régimen, tan profunda que se refleja incluso en sus principales instrumentos de poder. Sigue funcionando la BPS, se suceden los allanamientos, registros policiacos, multas, interrogatorios, detenciones, procesos, condenas. Ninguna persona de la oposición conocida puede sentirse al abrigo de la arbitrariedad, de la represión. Es ese un aspecto de la

realidad que no olvidamos cuando decimos que existen nuevas posibilidades para nuestra labor, para desarrollar el Partido. Lo que sucede es que tenemos en cuenta otros aspectos y, especialmente la lucha de las masas en la que se destacan a diario miles de combatientes de vanguardia.

Ahí está la cantera de donde tienen que salir los militantes para construir el Partido de masas capaz de hacer frente a las tareas de hoy y en condiciones de pasar a una actividad legal sin titubeos, sin tener que tomar tiempo para aprender nuevos métodos, un nuevo estilo, hábitos distintos.

Ese aprendizaje, en *lo esencial*, es el que hacen a diario los organizadores y las organizadoras de las asambleas, de las huelgas, de las conferencias de prensa, de los debates públicos, conquistando a pulso nuevas zonas de libertad.

Con ellos y con ellas tenemos que lograr el desarrollo masivo que la situación requiere.

Por respeto a quienes han cumplido siempre con su deber, y no por arrogancia, afirmamos que ningún otro partido tiene un balance como el que puede presentar el Partido Comunista en la lucha contra el fascismo.

Se ha escrito y será justo que se siga escribiendo acerca del heroísmo y los sacrificios de los comunistas. Entre sus méritos ante el país sobresaldrá el haber planteado antes que ninguna otra fuerza política o religiosa la necesidad de la reconciliación nacional.

¿Mérito ante el país? Si, ante la clase obrera, ante el pueblo y ante el país. Sin la reconciliación nacional de los españoles el futuro político de España seguiría bloqueado y justamente, aunque sea tardíamente, esto ha sido reconocido por la Conferencia Episcopal.

Así, el Partido Comunista, que cumplió con su deber en la guerra provocada por el fascismo; que mantuvo durante años las guerrillas; que en ningún momento interrumpió su labor entre la clase obrera; que dirigió la Reforma Agraria; que no cejó nunca en la tarea de organizar a la juventud

para la lucha por la democracia y el socialismo, es también el Partido que tuvo la lucidez y la valentía de proponer la reconciliación nacional de los españoles.

Con esas razones históricas, con una tradición que no estamos dispuestos a tirar por la borda, engarza una política basada en la realidad de nuestro país.

En esas razones y en esa política está la raíz de nuestra influencia.

Alguien verá estas palabras como una manifestación de optimismo. Y si que expresan optimismo. Sin él no se puede emprender y llevar a término ninguna gran obra. Menos aún la revolución socialista. No se puede subestimar el optimismo revolucionario, la confianza en la clase obrera y el pueblo, el amor a la libertad y la fe inquebrantable en una España socialista.

Tanto para abordar las tareas de hoy como las de un mañana libre y democrático se necesitan militantes impermeables al desaliento, templados en las dificultades y los riesgos de la lucha, capaces de llevar a los demás la confianza en la victoria.

¿Qué hubiera sido de nuestro Partido en situaciones como la que hemos atravesado si hubiera faltado el entusiasmo, si no se hubiera mantenido la confianza en la victoria, cuando lo «sensato», lo «razonable», lo «sesudo», era sentarse y esperar, cuando sólo el espíritu revolucionario podía otear un horizonte de libertad que era inconcebible para la inmensa mayoría de las gentes?

El optimismo, la confianza en la clase obrera y en el pueblo permitió conservar algo esencial: la moral combativa. Nos ha tocado a los comunistas españoles pasar por las más duras pruebas en España y fuera de España, en los frentes de batalla y en las guerrillas, en la clandestinidad y en los campos de concentración.

Eso es la historia, puede argüirse, y es en parte historia, pero con una incidencia en el presente demasiado fuerte para que pueda ser dejada de lado.

Las lecciones de la historia no se deben olvidar y menos cuando han costado tantos sufrimientos al pueblo.

Gentes que no tenemos motivos para considerar lícitamente como adversarios piensan que tomamos nuestros deseos por realidades. ¿Por qué? En muchos casos porque desconocen lo que pensamos y lo que realmente proponemos. Podemos adoptar actitudes que si no justifican las críticas que nos hacen, en parte las explican. El optimismo revolucionario no basta por si solo para convencer a los demás. Es necesario encontrar en cada caso la explicación apropiada y, sobre todo, es necesario ayudar a las masas a aprender en su propia experiencia, con nuestro análisis y valoración de sus luchas. Esto exige de nosotros estar muy atentos a lo que dicen los otros. Si no se tienen en cuenta las opiniones de los demás, si no se sabe escucharles, si no hay esfuerzo por comprenderles nuestras explicaciones corren el riesgo de no ser las más convincentes.

ANTERIORMENTE hemos hablado de lo superficial que suelo ser en algunas personas su hostilidad a nuestro Partido y ello nos obliga aun más a escuchar sus críticas que pueden ayudarnos a ver qué correcciones debemos introducir en nuestro trabajo. Salvo que pensemos que no hace falta corregir nada, que todo lo que hacemos es perfecto y que si no se entiende una u otra cosa de las que planteamos... ¡que se las arregle el que no las entienda! Claro que no pensamos así y la prueba está en nuestros esfuerzos por discutir con las gentes, por argumentar nuestra política, por convencer. Lo que sucede es que unas veces acertamos y otras no, unas veces hacemos las cosas bien y otras las hacemos mal. Pero hay comunistas tan seguros de hacerlo todo bien que en la menor crítica que se les hace ven un ataque al Partido, sin reflexionar debidamente ni en el contenido ni en la finalidad de la crítica.

¿No habéis escuchado reflexiones como esta? Me organizaría con voso-

tros, pero no me decido porque estar en el Partido es muy difícil. Los comunistas no sois como los demás. Para vosotros no hay ni amigos, ni familia ni nada que no sea el Partido. Quienes razonan así, las más de las veces lo hacen sin ninguna animosidad e incluso con simpatía. Nosotros mismos viendo en esas palabras un elogio, podemos sentirnos halagados. Pero también pueden ser entendidas como una crítica, como la imagen de un partido sectario, en el que sólo puede haber una élite de hombres, mujeres y jóvenes. Es cierto que en el Partido Comunista hay muchos militantes que poseen cualidades excepcionales de abnegación y espíritu de sacrificio. Pero al lado de éstos hay quienes no están en condiciones de dar tanto. Es más, los que en un momento de destacan por su heroísmo y por su abnegación, en otros momentos puede estar en «baja forma» como suele decirse. Los comunistas valoramos muy altamente nuestro Partido. Pero eso no significa de ninguna manera que en nuestra vida no haya lugar para las amistades personales o para la familia.

¿No tiene ningún fundamento esa crítica?

Alguno tiene, pues sucede frecuentemente que, en la práctica, militar en el Partido se traduce en descuidar o dejar muy en segundo plano esos otros aspectos de la vida personal. Esa es la crítica que se nos hace hoy y a ella debemos responder que eso no tiene por que ser así y que para corregir lo que haga falta corregir lo mejor es estar dentro del Partido.

Nosotros mismos, con una especie de jerga comunista, damos motivos para que se nos mire como una fuerza que pretende bastarse a si misma. ¿No habéis observado lo frecuente que es entre comunistas la necesidad de estar alerta con estos o aquellos peligros? Revisionismo viejo, revisionismo moderno, oportunismo de izquierda, oportunismo de derecha, dogmatismo y, al paso que vamos, seguirá inflándose la nomenclatura de los peligros que a lo que parece nos amenazan, si no andamos listos. ¡Cuántos peligros! Luego resulta que cada cual los ve en lugares y posiciones políticas e

ideológicas diferentes. De manera que cada cual tiene sus revisionistas, sus dogmáticos, sus oportunistas, etc., etc. Por mi parte me guardaría de colgar a nadie ninguno de estos sambenitos. Pienso, eso sí, que el más horrible de todos estos males es el dogmatismo, que no necesita ser de izquierda o de derecha para ser nocivo, porque le basta para serlo con el intento de transformar el marxismo en recetas preparadas de antemano para cualquier problema que se presente.

Ahora y en España una de las peores cosas que podrían sucedernos a los comunistas es no percibir, no sentir, no ver la profunda corriente de simpatía por las ideas del socialismo y las posibilidades que de ello se desprenden para engrandecer nuestro Partido. Nuestro Partido tiene infinidad de amigos, pero no son amigos incondicionales ni nosotros les pedi-

mos que lo sean. Son amigos que pueden seguir siéndolo, como pueden hacerse comunistas o alejarse de nosotros, lo cual, al menos en parte, depende de la actitud y la comprensión que mostremos hacia ellos.

En la práctica necesitamos el partido de nuestra política. Nuestra política se apoya firmemente en nuestra realidad nacional. Y así tiene que ser la organización del Partido si de veras queremos que sus puertas estén abiertas a esa corriente en la que va lo mejor de España. ¡No nos asuste que con la flor y nata se mezcle alguna broza! Sería impropio de comunistas querer apartar nuestra organización del torrente revolucionario. Al contrario, lo que hace falta es poner la organización en condiciones de acoger a las nuevas fuerzas, de llamarlas, de atraerlas, de ofrecerles un puesto de combate.



La reforma agraria

que

el P.C. progugna

CUANDO finalizada la guerra civil el P.C. manifestaba que la victoria del franquismo no ya suponía un estancamiento, sino una marcha atrás en la reforma de estructuras que se había empezado a operar, no pretendía exagerar una situación de por sí dramática. Lo que se proponía era llevar al conocimiento de todos los españoles una apreciación objetiva cuyas trágicas consecuencias confirmaría la historia franquista desde sus inicios hasta nuestros días.

Era prevenir al pueblo con previsión histórica de lo que sería el drama de un régimen cuya trayectoria ha sido un corolario de crueldades, miseria y dolor para la inmensa mayoría del país; de expoliación, empobrecimiento y ruina para el campesinado que, cuando no ha sido expulsado de su tierras, se le ha obligado a trabajar día y noche para que los protegidos de la camarilla gobernante se lleven el fruto de su trabajo.

Con la victoria del franquismo las tierras fueron devueltas a sus antiguos propietarios: los monopolizadores de siempre, y la ayuda del Estado a la

agricultura fué para los grandes terratenientes.

Todo siguió como en el siglo pasado. Por su propia naturaleza el régimen de Franco siempre ha sido un impedimento que obstaculizó la entrada de España en los cauces del desarrollo político-económico exigido por los tiempos modernos. Conservando las viejas estructuras e impidiendo que el campo aborde las verdaderas transformaciones que necesita para una plena expansión de la economía; sin tener para nada en cuenta los intereses nacionales, a partir de los años 57-59, cuando algunos ministros del OPUS entran en el gobierno, se empieza a elaborar una política económica que pretende modernizar al capitalismo, una política más en consonancia con las necesidades del gran capital.

Las consecuencias de esa política para el campo han sido un lastre de miseria y sacrificios: éxodo de campesinos al extranjero y a las ciudades, originando la despoblación y el empobrecimiento del campo que todos conocemos.

De un 41 por ciento que suponía la población activa en el campo en 1960, se ha pasado a un 27 por ciento, aproximadamente, en la actualidad. Este vertiginoso descenso de la población activa agraria se ha operado de manera anárquica y forzada, lo que ha supuesto una pérdida, cuando no destrucción, de esa valiosa fuerza productiva que no ha sido utilizada de una manera racional, trasvasando, en condiciones humanas ese «excedente» de mano de obra a otros sectores de la economía. Nadie niega que el desarrollo económico, al modernizar todo el sistema productivo, reduce asimismo la población agraria; pero no es menos cierto que el desarrollo económico (cuando se hace en interés de todo el país, y no de una minoría parasitaria monopolista) implica a su vez un desarrollo más amplio de las fuerzas productivas que ofrece enormes posibilidades para incorporar a la producción ese «sobrante» de mano de obra agrícola que se destruye hoy, pudiendo ser racionalmente utilizada con una política económica que vele por los intereses de todos los sectores y que parta del principio de que el capital más valioso es precisamente el potencial humano.

Los comunistas nos pronunciamos porque el desarrollo sea, en la medida de lo posible, paralelo en todos los sectores de la economía del país, un desarrollo que no aumente las desproporciones existentes, sino que reduzca las distancias hasta nivelarias; un desarrollo que elimine las diferencias y privilegios entre sectores; un desarrollo que potencie todos los recursos de que se dispone y que redunde en mejorar constantemente las condiciones de vida de todos los trabajadores, que posibilite la promoción del sector rural para igualarlo a los demás sectores sociales.

Y precisamente por ser esta nuestra firme decisión, nos manifestamos y lucharemos con todas nuestras energías para impedir que el desarrollo se convierta, como está sucediendo bajo la dictadura franquista, en un éxodo trágico, en miseria y dolor para el campesino y su familia...

Pero sigamos intentando penetrar

en las causas y responsabilidades de ese empobrecimiento del agro en España.

Las exportaciones agrarias han descendido de un total de 2/3 partes de nuestras exportaciones a 1/3. La Renta Agraria ha pasado de un 20 por ciento de la renta nacional a un 12 por ciento. En 1963, la renta del sector alcanzaba el 60 por ciento de la media nacional, en 1973 sólo fué del 47 por ciento. ¿Qué le queda al campesino, qué parte de renta le corresponde después de que los intermediarios se han llevado la mayor tajada y descontado lo que oficialmente se le usurpa a través de impuestos, contribuciones y otros procedimientos de saqueo que de manera «legal» utiliza la Administración?. La Renta per cápita del sector agrario, respecto al industrial y al de servicios descendió del 59,3 por ciento en 1960 a 49,1 por ciento en 1973. Si comparamos la media salarial agrícola con los otros sectores de asalariados, observamos que en 1973 la media del salario agrícola fué de 95.641 pesetas, mientras que en el industrial fué de 157.862 y en el de servicios de 187.797. No olvidemos que en España existen 800.000 obreros agrícolas que no pueden resignarse, que no debemos permitir que sigan sopor-tando por más tiempo esa brutal discriminación de que son objeto respecto a los de por sí míseros salarios de sus hermanos de clase que trabajan en otros sectores de la economía.

¿Dónde están esas mejores condiciones de vida en el campo tan prometidas como cacareadas por los promotores del plan de desarrollo?

El sensible desarrollo industrial operado a partir de los años sesenta no ha tenido ningún reflejo positivo en la agricultura, ésta sigue siendo la cenicienta de nuestra economía, la postergada en beneficio de la oligarquía y aristocracia feudal cuyos intereses siempre han sido un obstáculo para una verdadera transformación de la agricultura en España.

Y no cabe duda que mientras no se consiga el pleno desarrollo del sector agrario, seguiremos tropezando con la traba que condiciona cualquier desa-

rollo económico y será muy difícil prever en toda su plenitud y con proyección de futuro el desarrollo del país.

HOY, lo mismo que ayer, la política agraria en nuestro país está determinada en función de los intereses de aquellos grupos que monopolizan la tierra y sus productos, en función del gran capital. La inferioridad del campesinado ante un sistema de mercado controlado por los intermediarios y ante el sistema monopolizador del producto agrario por intereses minoritarios es un hecho que emana de la propia naturaleza del régimen: no solamente no ha habido reforma agraria, sino inexistencia total de libertades y cauces democráticos para que el campesino pudiera hacer acto de presencia y alzar su voz en todo cuanto tan directamente le afecta, por lo que siempre fué excluido y marginado a causa de la falta de organizaciones propias que defiendan sus intereses.

El sistema proteccionista actual sólo favorece a la gran hacienda en detrimento del campesino: El Estado subvenciona a la agricultura para mejoras de calidad, protección de cultivos y otras aplicaciones con unos 7.000 millones al año. Los travases, el sistema de regadíos, la subvención a determinados productos, vienen, en resumen, a favorecer a los grandes poseedores de tierra. De las grandes inversiones realizadas por el gobierno para el regadío quienes más se han beneficiado han sido los grandes propietarios que después de la puesta en riego han conservado más del 72 por ciento de sus tierras.

Todo esto supone un coste social que deben soportar todos los ciudadanos. Es obvio, pues, que todo el país deba interesarse para que ese esfuerzo sea encaminado a la constitución de un nuevo sistema agrícola, a una transformación radical del campo que vaya en provecho del agricultor que trabaja la tierra y, por consi-

guiente, también del consumidor. Para ello es indispensable pensar en la creación de unos organismos que defiendan los intereses del pequeño y medio productor conjuntamente con los consumidores frente a la rapacidad de los intermediarios monopolistas. De ahí que, en las actuales condiciones, una de las tareas que la reforma agraria deberá plantearse, desde hoy sea el acceso de los campesinos a los circuitos comerciales, *que sea el productor quien comercialice sus productos*, teniendo en cuenta las necesidades del mercado y, por lo mismo, las necesidades del consumidor. Esta será, entre otras, una de las vías a seguir en el propósito de igualar la renta de los que trabajan en el campo con las existentes en el medio urbano sin perjudicar al consumidor, terminando con esas diferencias abismales entre lo que los intermediarios pagan al productor y cobran al consumidor.

Los hombres del campo necesitan unirse en sus propias organizaciones, necesitan manifestar su **BASTA YA**, y para ello deben buscar las formas más idóneas que les conduzcan a poner en marcha un potente movimiento con el que incidir, junto a la clase obrera y demás sectores, en el empeño de terminar con la opresión y el latrocinio de un régimen que se continúa, y, con la conquista de la democracia, pasar a realizar las grandes transformaciones que el campo necesita y el pueblo anhela.

HOY ninguna fuerza que se pretenda medianamente democrática puede negar la necesidad de transformar el agro español. ¿Pero cómo realizar esas transformaciones? ¿Quién se va a beneficiar de ello? ¿Dónde está la base de esa profunda transformación que el campo exige? La base de partida debemos hallarla necesariamente en la forma de tenencia de la tierra, en la forma de cómo se halla distribuida y explotada la tierra en nuestro país. Es a partir

de ahí como podremos establecer con criterio realista las soluciones que el campesino anhela y que el desarrollo económico por vías democráticas aconseja.

Intentemos, pues —con cálculos aproximativos entresacados del censo agrario de 1972 y con las reservas que debemos mostrar al manejar las estadísticas oficiales— hacernos una idea de cómo se halla distribuida la tierra: Un reducido número de explotaciones, menos del 3% de las existentes posee la mayor parte de la tierra, mientras que más del 95% sólo poseen algo así como el 40% de la tierra censada.

Esa gran concentración de la propiedad sigue siendo muy acusada en Andalucía, Extremadura, La Mancha (sobre todo en la provincia de Ciudad Real) y Salamanca.

Así nos encontramos con que cerca de *dos millones de pequeños campesinos* cuyas explotaciones son inferiores a 10 Has. sólo poseen el 12% del total de la tierra (de estos dos millones de explotaciones, encontramos que 1.579.709 poseen menos de 5 Has. cada una, lo que significa que el 63% del total de estas explotaciones sólo posee el 6% de la tierra censada). Tenemos, por otro lado, unas 510.000 explotaciones, campesinos medios y acomodados (aquí nos hallamos con un amplio abanico de propietarios que va desde los que tienen 10 Has hasta los que llegan a las 100 Has.) que poseen, aproximadamente, el 28% de la tierra según el mencionado censo; mientras menos de 60.000 propietarios de más de 100 Has. se reparten el 60% de toda la tierra. Hay que señalar que los propietarios de más de 500 Has. representan alrededor de 16.000.000 millones de Has., en manos de menos de 10.000 *familias*, lo que nos dice que menos del 0,5% de las explotaciones existentes disponen de más del 36% del total de la tierra censada en 1972.

Las consecuencias de esta excesiva concentración de la tierra en pocas manos, es de todos conocidas: el absentismo y la dedicación de gran parte de ella a cotos de recreo y cría de ganada de lidia; bajos rendi-

mientos por falta de inversiones, encarecimiento de la misma por hallarse monopolizada; existencia de un gran número de obreros eventuales con amplios períodos, de paro y raquíuticos salarios, etc., etc.

Aquí cabe una breve reflexión: ¿podemos ignorar esta tremenda realidad al hablar del problema agrario?. Si queremos ser objetivos, éste es un dato fundamental que nos obliga a preguntarnos cuanta no será la sed y necesidad de tierra que el pequeño propietario y el jornalero agrícola sienten en esas zonas donde saben que su pobreza es inversamente proporcional a la riqueza de los grandes poseedores que llevan una vida suntuosa alejados de aquellos lugares en que extraen sus grandes beneficios a costa de la miseria del verdadero agricultor. Ese pequeño campesino y ese jornalero aspiran a una vida más digna y saben que ello será posible en la medida que puedan disponer de mayor cantidad de tierra donde emplear su fuerza de trabajo en condiciones más humanas y rentables para su economía.

Nos encontramos con casi dos millones de explotaciones con superficies inferiores a 10 Has., lo que representa el 80 por ciento del total de las explotaciones existentes en todo el país. Por otro lado tenemos el problema de la parcelación: según el censo a que nos estamos refiriendo existen más de 22 millones de parcelas de menos de 1 Ha., más de 3,5 millones de menos de 5 Has. y 830.000 mayores de 5 Has. Total unos 28 millones de parcelas. Es evidente que esto no deja de ser una dificultad muy seria para una explotación racional de la agricultura. En tales condiciones difícilmente podemos pensar en la introducción paulatina de la tecnología, en una mecanización real sin antes introducir cambios estructurales. Cambios orientados en provecho del campesino, a favorecer al que trabaja entregándole la tierra que necesite y los medios técnicos adecuados para su explotación.

En algunas zonas será aconsejable la concentración de parcelas, en otras se impondrá ampliar la explotación individual ayudando a encontrar for-

mas de tipo asociativo para el cultivo y la venta del producto. En cualquier caso las formas de cómo deben trabajar la tierra será el resultado de la libre iniciativa de los mismos agricultores. Ellos, como interesados, han de ser los que decidan la manera más eficaz de conseguir explotaciones rentables que, según los entendidos en la materia, en secano no deberían ser inferiores a las 200 Has. y que, en general, para justificar económicamente la utilización de un tractor de 45 cv., parece ser que el área mínima debería ser la parcela de 80 Has.

En cuanto al sistema de arrendamiento y aparcería, basándonos en cálculos más o menos exactos, parece ser que tenemos unos 450 mil arrendatarios con una extensión de 6.300.000 Has. Lo que supone algo así como el 14% de la tierra. Del mismo modo existen unos 300 mil aparceros que engloban más de dos millones de Has. y supone un 5% aproximadamente; más otros regímenes de tenencia con 3.725.000 Has., un 8% más o menos de la tierra. Es decir, que el 27 por ciento del total de la superficie censada no la explotan sus propietarios.

Este es otro de los serios problemas con que se tropieza en el campo. El que trabaja la tierra, que no le pertenece, además de soportar toda la opresión que padece el campesinado de nuestro país, vive bajo la constante pesadilla de cómo se las va a arreglar para hacer frente a la renta que el propietario le exige por trabajar la tierra. ¿Qué estímulo recibe este campesino, qué mejoras puede introducir en la finca donde le explotan, cuando después de mal vivir y trabajar desesperadamente, él y su familia, durante todo el año, se encuentra con que los medios económicos de que dispone no le alcanzan para cubrir el precio del arriendo?. Lo poco que pueda quedarle del fruto de su trabajo y a base de pasar miseria, se lo quita el terrateniente que no sólo se lleva la renta absoluta, sino la diferencial (si hay lugar) al renovar el contrato. Esto indigna y desalienta al campesino que vive permanentemente angustiado por el precio que el monopolio de la tierra le impone.

¿Qué beneficios reciben estos trabajadores de los adelantos que la técnica pueda llevar al campo?. Ellos siguen pegados a la gleba, dependientes de un señor que les impide desplegar cualquier iniciativa que pueda mermar su autoridad señorial, como si su mundo fuera distinto al que vivimos.

La renta de la tierra, además de un anacronismo, es una injusticia que no sólo agobia al arrendatario y aparcerero, sino que, al encarecer el precio del suelo y el producto que el consumidor paga, perjudica a todo el pueblo. Por eso los problemas del campo y las soluciones que a ellos se den, adquieren interés nacional. Es algo que afecta a todo el país.

Que el campesino necesita y desea disponer de más tierra es un hecho que no se puede ignorar. El pequeño propietario aspira a poseer tierra suficiente para poder emplear la máquina y no verse obligado a trabajar, cuando encuentra un medio, en otras actividades para hacer frente a sus necesidades más elementales y a esos gastos crecientes y dispares que la industria impone al agricultor. El campesino aspira a ser el dueño de la tierra que trabaja para hacer de ella una explotación rentable no sólo para sí, sino al mismo tiempo para la economía nacional.

E L P.C. que siempre ha defendido la idea de que la tierra debe ser para el que la trabaja, se siente plenamente identificado con esas justas aspiraciones de los hombres del campo y hará todo cuanto de él dependa para que esos viejos sueños del campesino sean pronto una realidad.

Respecto al sistema de regadío en nuestro país, parece ser que de los, aproximadamente 20 millones de Has., labradas en España, la superficie de regadío no supera 2.730.000 Has., lo que representa un 15% de esas tierras. Se calcula que la superficie máxima de ser transformada en regadío en el futuro podría ser de

2.650.000 Has. que sumadas a las ya puesta en riego alcanzaría un área de 5 millones de Has., esto representaría aproximadamente un 25% del total de las tierras labradas. No cabe duda que con una política agraria donde se tuvieran en cuenta, no los intereses particulares de una minoría privilegiada, sino los intereses nacionales y las exigencias de un desarrollo nacional de la economía, existen grandes posibilidades para que el número de hectáreas susceptible de tener agua fuese muy superior al indicado.

Con todo lo dicho no se pretende ocultar que en el campo ha habido un cierto grado de mecanización, pero ¿por qué caminos se ha orientado? ¿En qué medida ha contribuido a mejorar las condiciones de vida del agricultor? ¿Qué transformaciones ha operado en el ambiente rural?. La mecanización y la tecnología llevadas al campo no han cambiado ninguno de los aspectos fundamentales causantes de la miseria del campesino y del atraso de la agricultura. Y esto es así porque la mecanización no ha modificado la estructura de la tierra. Ha originado el espectacular descenso en el número de abreros agrícolas que han tenido que emigrar a las ciudades o al extranjero en busca de la subsistencia que la «mecanización» del campo le ha negado en su tierra.

Los grandes y graves problemas del campo no han sido resueltos, el desplazamiento del jornalero por el tractor no es una solución, más bien (mejor sería decir más mal) ha sido una tragedia para miles y miles de familias que han tenido que abandonar sus hogares en busca del pedazo de pan que no podían encontrar ya en el lugar donde nacieron. Mientras el campo se está despoblando, por la «introducción de maquinaria» y, como consecuencia, «exceso de mano de obra» tenemos que importar productos agrícolas cuya balanza de pagos ofrece un déficit de más de 70.000 millones de pesetas al año.

Todos los problemas fundamentales del campo siguen intactos bajo la impuesta sucesión de Juan Carlos. De ahí que la Reforma Agraria siga siendo

una necesidad apremiante que en las actuales condiciones debe implicar una profunda transformación social en la agricultura.

La tierra debe ser para el que la trabaja, en condiciones humanas y modernas como corresponde a los tiempos en que vivimos. Hay que terminar con esa concepción extendida por los opresores del pueblo de que el campesino debe trabajar más, sin derecho a disfrutar de la comodidad y el bienestar que ese trabajo, en condiciones más humanas, debe posibilitar a tenor con los adelantos que la técnica moderna proporciona. Del mismo modo nos pronunciamos para que inequívocamente también sea para el agricultor el valor de la venta de sus productos, actuando consecuentemente para potenciar la creación de organismos agrícolas que faciliten el acceso del campesino a los canales de distribución y comercialización del producto agrario, ofreciendo precios mínimos garantizados.

Es evidente que la reforma agraria exige una financiación que el Estado debe facilitar; por eso, como señala el programa del Partido Comunista, se debe pensar en una entidad controlada, administrada y dirigida por representantes de los interesados, donde el campesino pueda disponer de créditos a largo plazo con que adquirir a precios razonables tractores y toda clase de maquinaria, abonos y otros elementos necesarios al buen cultivo de la tierra que trabaja. Terminando de una vez por todas con la usura y toda clase de cargas fiscales tales como los desorbitados impuestos y contribuciones con que el gobierno agobia a esas familias modestas.

En definitiva, las soluciones en cada caso y a cada uno de los problemas que la Reforma Agraria debe resolver, han de exponerlos los propios campesinos con la colaboración del personal competente.

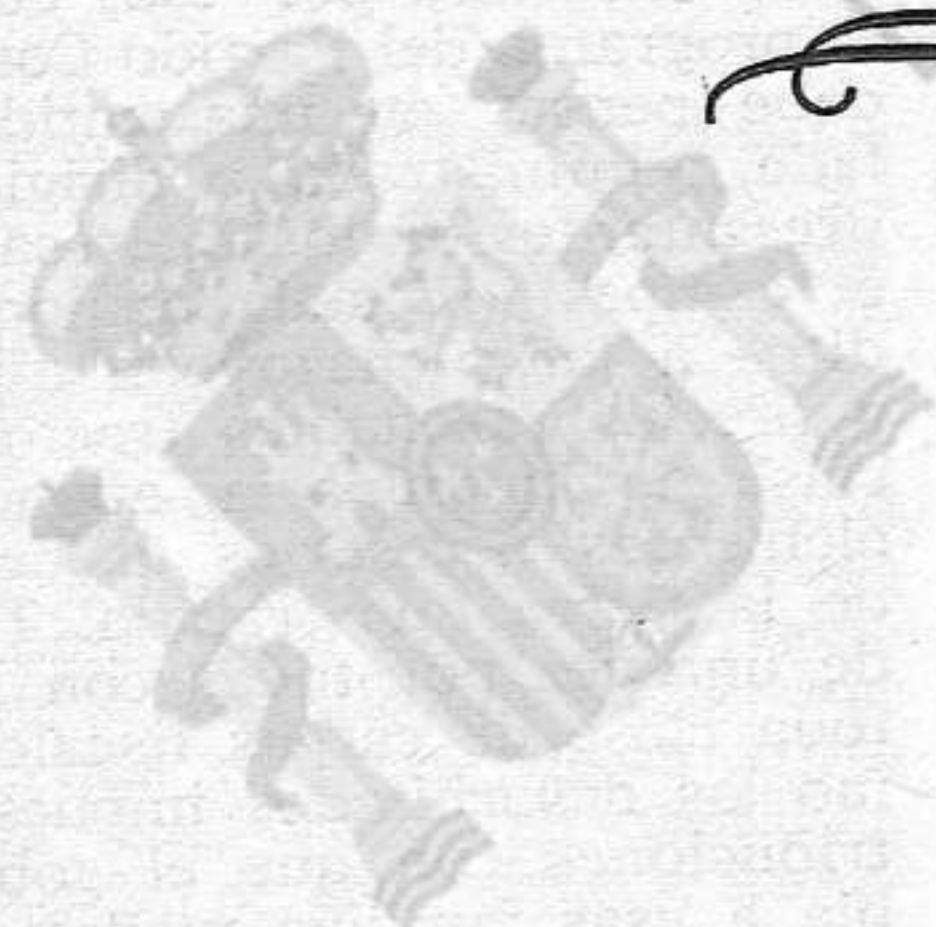
Los problemas del campo no pueden abordarse al margen de los interesados, y no se pueden abordar porque no habría solución posible sin la participación íntegra y directa del verdadero protagonista: el agricultor.

Los comunistas pensamos que las profundas transformaciones que el campo necesita deben hacerse sobre una base auténticamente democrática, con todas las fuerzas que así lo deseen. El campesino ha sido siempre marginado, y el P.C. está firmemente decidido a poner fin a esa marginación, pronunciándose con toda su autoridad porque el campesino desempeña el papel social que en justicia le corresponde, no solamente como protagonista directo en los destinos del sector agrario, sino también como

elemento activo y participante en la dirección de la vida política, económica y social a todos los niveles.

Consciente de que la liberación del campesino va estrechamente unida a la lucha por la democracia y el socialismo, el P.C. llama a todos los hombres del campo a organizar la acción junto a la clase obrera y el pueblo para terminar por fin con la dictadura y conquistar la autoridad que al pueblo, como único protagonista, corresponde en los destinos del país.

MINISTERIO DE CULTURA



DECLARACION COMUN DEL PARTIDO COMUNISTA DE JAPON Y DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

A invitación del C.C. del Partido Comunista del Japón ha visitado el Japón, del 27 al 31 de Marzo de 1976, una delegación del P. Comunista de España encabezada por su secretario general, camarada Santiago Carrillo.

En la sede del C.C. del P.C.J., el 28 y el 29 de marzo, ha tenido lugar el encuentro entre la delegación del P.C.J. presidida por el camarada Kenji Miyamoto, presidente del Presidium y la delegación del P.C.E. Integraron la delegación del P.C.J. los camaradas Tetsuzo Fuwa, miembro del Presidium permanente y jefe del secretariado, camarada Tomio Nishizawa, miembro del Presidium permanente, camarada Akira Kudo, miembro del Presidium y camarada Hiroshi Kikunami, miembro del secretariado y jefe de la sección internacional.

En el curso de las entrevistas que se desarrollaron en una atmósfera de solidaridad militante y de camaradería muy cordial, las dos delegaciones expusieron la situación actual de sus respectivos países y las actividades de sus partidos, e intercambiaron sus opiniones sobre la situación internacional y los problemas del movimiento comunista y obrero internacional.

La delegación del P.C.J. expresó que la crisis se agrava en todos los aspectos de la vida nacional a causa del fracaso de la política reaccionaria y antipopular del Partido liberal demócrata que representa los intereses del imperialismo americano y de los monopolios japoneses y que el P.C.J. lucha con éxito para la formación de un frente unido y para el establecimiento de un Gobierno de unidad democrática sobre la base de tres objetivos renovadores: la abrogación de la alianza militar nipo-americana y la edificación de un Japón pacífico y neutral; la defensa de la vida nacional y la salva-

guardia y desarrollo de la democracia. La delegación subrayó que el P.C.J. hace esfuerzos para ampliar y reforzar constantemente las filas y la influencia del Partido, rechazando resueltamente los ataques anticomunistas que la clase dominante lanza de una manera cada vez más violenta para obstaculizar el progreso del Partido Comunista.

La delegación del P.C.E. expuso que en España se ha desarrollado después de la muerte de Franco un movimiento de luchas obreras y populares sin precedentes. La amnistía, la democracia son exigencia unánimes de la sociedad española. Las tentativas del gobierno de continuar el sistema dictatorial, de crear una pseudo-democracia excluyendo a la clase obrera, a las fuerzas progresistas y, sobre todo al P.C. están condenadas al fracaso. Todas las fuerzas democráticas se han unido en un órgano común que presenta al país una alternativa concreta para el cambio democrático. El P.C.E. se desarrolla de forma impetuosa, sus filas crecen, su influencia en la vida nacional se afirma más y más.

En nombre del P.C.J., el camarada Kenji Miyamoto, presidente del Presidium se felicitó sinceramente por los grandes procesos de la lucha del P.C.E. y de todas las fuerzas antifascistas y democráticas por el establecimiento de las libertades y de la democracia, y expresó su respaldo y solidaridad vigorosa a esta lucha.

En nombre del P.C.E., el camarada Santiago Carrillo, secretario general se congratuló de los importantes resultados que el P.C.J. ha obtenido en la lucha por un Japón independiente, democrático, pacífico, neutral y próspero, y expresó su apoyo y solidaridad inquebrantable a la lucha del P.C.J. y del pueblo japonés que se oponen a la dominación del imperialismo americano y de los monopolios japoneses.

Pese a las diferencias entre la situación del Japón y España, el P.C.J. y el P.C.E., que luchan de acuerdo con la línea política establecida por cada partido de manera independiente, han llegado a una serie de conclusiones comunes y positivas sobre cuestiones importantes, y hacen pública la siguiente declaración conjunta:

A fin de que Japón salga de la actual crisis y abra su nueva vía democrática y que España entierre los restos del fascismo y establezca la democracia, es importante que la política de cada partido se enraíce profundamente en la vida nacional, que se logre la amplia unidad de todos los hombres que respetan la democracia y la dignidad nacional y se logre así un poderoso frente de unidad nacional. En la actual situación es posible llegar a un amplio acuerdo nacional para un cambio democrático.

Los dos partidos subrayan que la libertad y la democracia son inseparables de los principios del socialismo científico y que esta concepción no corresponde a un actitud de táctica coyuntural.

La verdad histórica es que los militantes del P.C.J., bajo el régimen imperial absolutista y los del P.C.E. bajo la dictadura franquista, han luchado por la libertad y la democracia, arriesgando sus vidas. Esa verdad prueba que los dos partidos son verdaderos defensores de la libertad y la democracia en sus países.

El P.C.J. y el P.C.E. reafirman nuevamente que, tanto en la etapa del cambio democrático como en la sociedad socialista que prevén para sus respectivos países, defenderán plenamente el régimen de la pluralidad de partidos políticos, incluyendo la posibilidad de cambio de poder de acuerdo con el veredicto electoral, el respeto de los derechos humanos, las libertades de reunión, de palabra, de prensa, de asociación y de creencias —que incluya la propaganda religiosa—, la autonomía de los sindicatos, el derecho de huelga, la plena libertad de la cultura y la ciencia. En las sociedades socialistas que prevén los dos partidos no habrá ni «filosofía oficial» fijada por el Estado dando carácter estatal a una ideología particular, ni coacción ideológica del Estado para imponer una «filosofía oficial».

Los ataques anticomunistas que las fuerzas reaccionarias lanzan apoyándose en fenómenos negativos de tal o cual país socialista y que tienen como tema principal el problema de la libertad, no tendrán éxito frente a nuestros dos partidos. En relación con estos fenómenos negativos, el P.C.J. y el P.C.E. han expresado sus desacuerdos y opiniones independientes cada vez que ha sido necesario. Los dos partidos proclaman su intención de construir la sociedad del porvenir partiendo de las condiciones históricas y sociales de los países capitalistas altamente desarrollados y apoyándose en las tradiciones y características de su vida nacional, sobre la base de un amplio acuerdo y de manera independiente. No copiarán como modelo a tal o cual país socialista.

La gesta legendaria de los pueblos de Vietnam, Laos y Camboya y su victoria en la guerra contra el agresor imperialista, —la contienda más cruenta y prolongada después de la II Guerra mundial— tiene, en tanto que victoria de la causa del socialismo y del principio de autodeterminación nacional, un significado histórico en la situación no sólo en Asia sino en el mundo entero.

La lucha por la independencia y soberanía nacional de los países en vías de desarrollo, el auge del movimiento de naciones no alineadas, y los grandes progresos en la lucha de los pueblos de los países capitalistas altamente desarrollados, tanto en Europa como en Japón, constituyen, asimismo, un factor importante de la actual situación internacional. Con la agravación de la crisis económica del mundo capitalista, esos factores crean nuevas dificultades al campo imperialista encabezado por el imperialismo norteamericano.

Pese a todas las dificultades indicadas, el imperialismo de E.E.U.U., basándose en la «política de fuerza», como lo demuestran

la «nueva Carta Atlántica», la «Conferencia en la cima de Rambouillet», la «nueva doctrina para el Pacífico», intenta reorganizar y fortalecer el campo imperialista y lanzar un nuevo desafío a los pueblos que batallan por la autodeterminación nacional, la paz, la democracia y el progreso social. Kissinger ha hecho recientemente una serie de declaraciones contra la participación de los partidos comunistas en los gobiernos de las naciones capitalistas, que constituyen una intromisión escandalosa e ilegal en los asuntos interiores de otros países.

Los pueblos del mundo, sin subestimar los peligros que entraña esta política de injerencia y agresión del imperialismo norteamericano, pueden hacerla fracasar desarrollando sus luchas por la paz e independencia nacional e imponer así nuevos retrocesos al imperialismo.

Para que la actual situación mundial evolucione en favor de la paz, de la independencia de las naciones y del progreso social, los dos partidos consideran que el movimiento de la clase obrera y del pueblo en los países capitalistas, los países socialistas, y el movimiento de liberación nacional tienen que cumplir con acierto las misiones históricas que les corresponden y cooperar sobre la base de los principios de la igualdad y del apoyo recíproco.

Es evidente que el establecimiento de relaciones de coexistencia pacífica entre los Estados tiene una significación importante para la paz mundial. Por eso mismo, en la presente coyuntura internacional, hace falta impulsar la lucha por conseguir la retirada de todas las tropas extranjeras, el desmantelamiento de las bases militares extranjeras de una u otra potencia, la disolución de los bloques militares antagónicos y la prohibición completa de las armas nucleares. La coexistencia pacífica no significa el mantenimiento y la consolidación del statu quo y del antagonismo de los bloques militares, sino que está indisolublemente ligada al despliegue de la lucha para orientar el curso actual de las relaciones internacionales en el sentido de la paz, y asimismo, en favor del avance de la causa de la autodeterminación de los pueblos, de la independencia nacional y de la libertad, del progreso y desarrollo de la sociedad.

En este orden, los dos partidos consideran que el internacionalismo verdadero de nuestra época, consiste en que los pueblos de los países capitalistas, los países socialistas y los movimientos de liberación nacional, desarrollen con plena independencia y con acierto sus luchas respectivas y establezcan su cooperación con las formas y el contenido adecuados a la situación actual.

El desarrollo de las relaciones entre los partidos comunistas de los países capitalistas desarrollados que tienen situaciones y tareas semejantes adquiere en este orden una importancia y una actualidad particular.

Para el avance de la lucha de los pueblos es necesario reconocer plenamente la diversidad de los movimientos revolucionarios de los diversos países y la independencia de cada partido comunista, independencia que constituye una condición ineludible y fundamental para el movimiento comunista internacional de nuestra época.

Atribuir un carácter absoluto a la ideología definida por un partido, o la interpretación que éste hace de las ideas de Marx, Engels y Lenin; atacar a otros partidos por el hecho de que no se someten a esa interpretación, y considerar como «piedra de toque del internacionalismo proletario», la actitud que se toma hacia ese partido, todo esto conduce en la práctica a negar la independencia de los partidos comunistas. Ello es igualmente incompatible con el desarrollo creador de la teoría del socialismo científico, con el progreso del movimiento revolucionario de los pueblos y con la aspiración a restablecer y consolidar la unidad del movimiento comunista internacional.

Respetar y reconocer la independencia de los partidos comunistas es la única vía que permite al movimiento comunista internacional responder a las exigencias contemporáneas, y es asimismo premisa para el desarrollo de una manera creadora de la teoría del socialismo científico en las condiciones complejas y nuevas de la sociedad contemporánea.

El P.C.J. y el P.C.E. consideran como tarea actual y urgente del movimiento comunista internacional, establecer, no solamente en palabras, sino prácticamente, los principios de una cohesión auténtica tales como la independencia, la igualdad, la no injerencia en los asuntos internos y la solidaridad internacional.

Las dos delegaciones coinciden en afirmar que la visita al Japón de la delegación del P.C.E. y sus entrevistas se han desarrollado con pleno éxito y que han alcanzado una significación de suma importancia tanto para desarrollar la solidaridad y la amistad entre los dos partidos y los dos pueblos, como para promover la unidad del movimiento comunista internacional sobre la base de principios justos y para contribuir a la unidad de todas las fuerzas democráticas y antiimperialistas.

Discurso de SANTIAGO GARRILLO ante los camaradas japoneses

¡Queridos camaradas! ¡Amigos japoneses!

A invitación del camarada Miyamoto y del Partido Comunista japonés hemos llegado a vuestro país el camarada Manuel Azcárate y yo, representando al Partido Comunista de España, para celebrar una entrevista bilateral e intercambiar opiniones e informaciones sobre los problemas comunes a ambos Partidos y pueblos.

Ante todo queremos agradecer profundamente la amistosa acogida que nos habéis brindado y las palabras fraternales pronunciadas aquí esta tarde por los camaradas Miyamoto y Fuva.

Esta acogida y la identidad de puntos de vista que las conversaciones bilaterales han demostrado son un estímulo poderoso para los militantes de nuestro Partido en la ardua y difícil lucha por la libertad y la democracia que libramos en España.

A vosotros, comunistas de Tokio, y por vuestro intermedio a los comunistas, a la clase obrera, al pueblo y la fuerzas democráticas del Japón, vaya desde esta tribuna el saludo ardiente y solidario de los comunistas y de todos los antifascistas españoles.

I

En nuestro país, la muerte del dictador Franco ha coincidido con el completo agotamiento, con la descomposición avanzada del régimen fascista.

Eso explica que en tres meses haya cambiado considerablemente la situación de España.

Tal cambio no quiere decir que ya exista la democracia en nuestro país, como se empeñan en hacer creer por el mundo los representantes del actual Gobierno español.

¡No! En España todavía no existe democracia y el Gobierno actual, presidido por el último jefe del Gobierno de Franco, compuesto por personalidades del régimen franquista y apoyado en las instituciones y leyes de la dictadura fascista, mantiene en las cárceles a los comunistas y otros demócratas. Cuatro dirigentes destacados de nuestro Partido, Lucio Lobato, Fernández Iguanzo, Simón Sánchez Montero y Romero Marín están aun en prisión junto con centenares de militantes de diversas tendencias.

La policía sigue reprimiendo y recientemente han caído bajo el tiro de las metralletas de la fuerza pública, ocho obreros que manifestaban en diversos puntos del país y más de 70 han sido heridos por bala.

El actual Gobierno español, compuesto por hombres de la ultraderecha y por algunos franquistas que ahora se dicen partidarios de reformas, sostiene la peregrina tesis de que una dictadura fascista puede transformarse en democracia, sin abolir las instituciones y las leyes fascistas opuestas a la libertad y los derechos humanos y lo que es igualmente paradójico, sin cambiar los hombres, los equipos políticos que han gobernado durante los 40 años de fascismo.

Por el contrario, la oposición democrática afirma que sin un cambio profundo de leyes, instituciones y personal político, en España seguirá



La barrera de grises... cada día más frecuentemente desbordada...

existiendo una forma disimulada de dictadura reaccionaria: subsistirá, aunque con ligeros retoques de fachada, el régimen franquista.

En efecto, el actual Gobierno habla de celebrar elecciones y referendums, sin haber restablecido las libertades políticas: habla de autorizar a los partidos que acepten las leyes y las instituciones franquistas y de antemano anuncia que no permitirá la legalidad del Partido Comunista. Es decir se trataría de una **minidemocracia** a la medida de los fascistas y de los tráfugas que aceptasen capitular ante los herederos de Franco.

Pero lo que se propone el actual Gobierno es una cosa muy diferente a lo que se proponen el pueblo español y las fuerzas democráticas que le representan.

Es por este lado, por el lado del pueblo y de las fuerzas democráticas, por donde han comenzado a producirse ya cambios profundos en España.

Frente a la represión violenta del poder, en los últimos tres meses se han producido en España las huelgas políticas y manifestaciones de masa más grandes que registra la historia de nuestro país.

En ellas han participado ya la gran mayoría de la clase obrera, los enseñantes y universitarios, gran parte de los funcionarios, y amplios sectores de las capas medias y del campesinado.

Por su carácter se trata de acciones no exclusivamente proletarias, sino ampliamente populares y nacionales, en las que cooperan la pequeña y media burguesía.

Estas acciones han desbordado al Gobierno y sus tentativas de **seudodemocracia** y han puesto en una irremediable crisis su política antipopular.

A caballo del poderoso movimiento de masas han salido a la luz pública los partidos democráticos, el movimiento obrero, las organizaciones ciu-

dadanas y naturalmente, el Partido Comunista.

En respuesta a esta ola de fondo democrática, el Gobierno acusa de impaciencia a las masas, habla de «agitadores pagados por el extranjero» y ha intentado dividir a los demócratas anunciando que se propone autorizar a todos los partidos menos al comunista.

Pero la réplica unánime de los demócratas no se ha hecho esperar: el viernes último en Madrid, los partidos demócrata cristianos, socialistas, social demócratas, liberales, junto con el Partido Comunista, Comisiones obreras y los demás grupos sindicales han constituido un frente común que se propone llevar hasta el fin la lucha por la libertad y la democracia.

Este frente común representa ya una auténtica alternativa de poder democrático frente al gobierno de derecha, seudoreformista, que vacila ya sobre sus piernas y se halla en profunda crisis.

Así la perspectiva próxima de un Gobierno provisional democrático, de reconciliación nacional, se perfila de manera concreta.

Los intentos de aislar y marginalizar al Partido Comunista marchan hacia un fracaso completo.

El movimiento combativo de las masas va a crecer y hacerse incontenible.

Las fuerzas democráticas están dispuestas a pactar con los sectores liberales del Ejército a fin de conseguir que la instalación del Gobierno provisional se produzca sin efusión de sangre.

No hay ninguna impaciencia, ningún extremismo por nuestra parte ni por parte de las masas populares y fuerzas democráticas.

El pueblo español lucha unido por objetivos bien definidos y concretos: pan y trabajo, frente a la crisis y la inflación; amnistía para todos los presos y exiliados políticos: libertad y democracia; elecciones libres a una asamblea constituyente que elabore una nueva constitución democrática, reconociendo los derechos a todos los partidos y familias políticas, sin revanchas ni venganzas contra nadie;

reconciliación de los españoles para edificar un país libre, soberano e independiente.

Se trata de una política de paz civil, de progreso; de dar la palabra al pueblo español para que sea también él quien decida sobre la forma política del Estado.

Paralelamente el Partido Comunista se refuerza, reforzando también así las bases de la democracia española: en los tres próximos meses, aun en el supuesto de que no haya recuperado aún la legalidad, nuestras organizaciones se proponen alcanzar la cifra de 300.000 militantes.

Aun en la clandestinidad, la dirección del Partido actúa ya plenamente en el interior de España.

Y otra buena noticia: el movimiento obrero se prepara activamente para realizar la unidad sindical, con la cooperación amistosa y democrática de todas las tendencias que lo integran.

Esto no significa que la victoria democrática esté ya enteramente decidida; sabemos que hay dificultades y que será necesaria una lucha unitaria obstinada y resuelta. ¡Pero en esa lucha, la victoria será del pueblo, de la libertad y la democracia!

II

En las entrevistas bilaterales entre los dirigentes de los Partidos Comunistas del Japón y de España se ha comprobado que tenemos plena coincidencia sobre una serie de cuestiones políticas y teóricas, que hoy distinguen las posturas de los Partidos Comunistas más importantes de los países capitalistas desarrollados.

Esta coincidencia no es casual; no es tampoco una maniobra táctica coyuntural. Se trata de toda una concepción estratégica nacida de la aplicación creadora de los principios del socialismo científico a las condiciones de los países desarrollados; a los cambios producidos en los últimos decenios en las estructuras sociales de los países en que luchamos; a las características nacionales y de cultura de nuestros pueblos.

Esa concepción surge también, no lo ocultamos, de un análisis crítico de ciertas experiencias socialistas, en las que habido aciertos y grandes progresos históricos, pero también errores que no estamos dispuestos a repetir ni a copiar, aunque se nos diga por sus autores que nos desviamos del marxismo leninismo.

El marxismo leninismo no es un dogma, ni una iglesia; es una ciencia que no acepta el estancamiento ni la existencia de sínodos o de papas infalibles.

El socialismo científico es incompatible con los cánones inmutables, con los clichés estereotipados que algunos se empeñan en imponer.

Nosotros, los comunistas españoles y japoneses, como los italianos, franceses, británicos y otros, luchamos por una sociedad socialista pluripartidista, democrática, con pleno respeto de los derechos humanos y de todas las libertades, comprendida la religiosa.

Por una sociedad socialista en que la palabra decisiva corresponda al pueblo, a través del sufragio universal, y donde el Gobierno dimita y sea sustituido por otro, si los electores le retiran su confianza.

Por un Estado democrático y socialista laico, sin filosofía oficial, donde la lucha de ideas, la cultura, la ciencia sean libres y no encuentran trabas en su labor creadora.

Una sociedad socialista donde los poderes estén divididos, donde no sea un grupo reducido de hombres el que se encargue de decidir, de hacer la felicidad del pueblo; la felicidad del pueblo, debe ser obra de los trabajadores, del pueblo mismo y del conjunto de partidos y organizaciones que gocen de su confianza en uno o otro momento.

El socialismo por el que luchamos no solo no es la supresión de la democracia, sino la extensión y el ahondamiento de ésta, la prosecución de las conquistas democráticas logradas por la humanidad a lo largo de la historia.

Cierto que eso significa una transformación revolucionaria profunda de la sociedad actual.

En esta sociedad una serie de grandes empresas monopolistas, de grandes compañías multinacionales, explotan a fondo a los trabajadores, exolian a las capas medias, corrompen a los políticos y a los Gobiernos y reducen a la más mínima expresión las libertades.

Con la única «libertad» que queremos acabar los comunistas, es con la «libertad» de compañías como la Lockheed para sobornar a los Gobiernos y doblegar a sus intereses particulares los intereses nacionales de países enteros.

Con la única «libertad» que queremos acabar es con la «libertad» de intervenir brutalmente en los asuntos internos de nuestros pueblos, la «libertad» para los grandes poderes imperialistas de avasallar a los países más débiles, la «libertad» de agredir al valeroso pueblo de Vietnam y a los pueblos de Indochina; la «libertad» de ocupar Corea del Sur y de impedir por la fuerza la unificación de la nación coreana.

Pero contra esa sedicente «libertad» no estamos solos los comunistas; están todos los hombres honestos, todos los patriotas, todos los demócratas auténticos cualesquiera que sean sus ideas o creencias.

En lo que se refiere a las libertades auténticas, a los derechos humanos, a la democracia, comunistas españoles y japoneses estamos dispuestos a defenderlas y respetarlas con todas sus consecuencias.

Vosotros y nosotros somos hombres que hemos dedicado nuestras vidas a



La Policía irrumpe en un acto artístico.

la lucha contra la dictadura fascista. No queremos más dictaduras, de ningún género para nuestros países. ¡No aspiramos a cambiar unos dictadores por otros, a ser dictadores nosotros mismos! ¡Queremos libertad, democracia, igualdad para todos, socialismo!

III

Cuando acusamos y condenamos al imperialismo yanqui por sus crímenes y su política de dominación no estamos combatiendo al pueblo y a la nación norteamericanos.

El pueblo y la nación norteamericanos merecen nuestro respeto.

Nunca hemos pensado que se pueda imponer al pueblo de los E.E.U.U. o a cualquiera otro pueblo el socialismo por medio de una guerra. Una guerra mundial entre potencias socialistas y capitalistas sería hoy, con las armas nucleares, una catástrofe horrosa para unos y otros, un retraso histórico terrible.

Un día los E.E.U.U. llegarán al socialismo, igual que los demás países capitalistas; pero eso sucederá cuando el pueblo americano lo quiera por sí mismo y su socialismo será un socialismo a la americana que se diferenciará en muchos rasgos del de otros países.

El socialismo mundial no será la exportación del modelo soviético, o de cualquier otro, a los demás países; no será el Gobierno del mundo desde Moscú o Pekín.

Será el autogobierno democrático de cada pueblo y de cada país y la cooperación de todos para remediar con el esfuerzo común la miseria y al subdesarrollo que hoy existen en amplias zonas del mundo, oprimidas y explotadas históricamente por el imperialismo y el colonialismo.

Será el establecimiento de auténticas relaciones democráticas de plena igualdad, entre todos los países, grandes o pequeños.

Por el momento, una tarea internacional urgente es la superación de los bloques militares, cuya continuación es un desafío al buen sentido y un peligro para la paz.

Es también urgente la supresión de todas las bases militares extranjeras, de la presencia de fuerzas militares extranjeras en otros países, pertenezcan a una u otra potencia.

Hay que poner término a las armas nucleares; destruir los arsenales existentes y dedicar los inmensos recursos perdidos en ellas a mejorar la calidad de la vida humana sobre todo el globo terraqueo.

Hay que salir de las relaciones de potencia actuales, de la bipolaridad que es un peligro para la paz.

Nosotros pensamos que la izquierda europea debe asignarse la misión de hacer una articulación económica y política de los países que componen ese continente, respetando la personalidad de cada uno, precisamente por que esto y los pasos que en ese orden correspondan a las situaciones existentes en Asia, Africa y America latina ayudará a crear un mundo multipolar, más equilibrado, en el que los intereses de la paz y de cada pueblo estén mejor defendidos y en que una o dos potencias no decidan de la suerte de toda la humanidad.

Estas son hoy cuestiones urgentes planteadas ante todas las fuerzas democráticas y progresistas del mundo.

Y para terminar yo quiero dedicar unas palabras a lo que los comunistas españoles hemos llamado el nuevo internacionalismo.

Cuando decimos que hay que superar el viejo internacionalismo algunos nos acusan de abandonar el marxismo y de renunciar a la solidaridad proletaria internacionalista.

¡Eso es totalmente falso! No se puede ser comunista, yo diría no se puede ser ni quiera progresista, o demócrata verdadero sin ser profundamente internacionalista.

Y nuestro encuentro hoy aquí, pleno de fraternidad y de camaradería lo demuestra.

Lo que sucede es que hubo una época, cuando la Internacional Comunista, en que el internacionalismo se probaba por la disposición a defender con todas las fuerzas, incluso con la propia vida, la primera revolución socialista en el mundo, la Rusia So-

viética, cercada por un mundo capitalista hostil que maquinaba su destrucción y con ella la derrota del proletariado mundial.

Hoy los tiempos han cambiado. La piedra de toque del internacionalismo fue en estos últimos años la solidaridad activa con el glorioso pueblo de Vietnam. Y hoy lo sigue siendo la solidaridad con los pueblos que luchan por su liberación y con las clases oprimidas que batallan por su redención.

Pero el nuevo internacionalismo, el que corresponde a esta época, tiene que considerar también la diversidad de situaciones en cada país; la multitud de procesos revolucionarios diferentes; la variedad de situaciones concretas. Tiene que respetar y tener en cuenta estos nuevos factores sin establecer categorías de subordinación ni preferencias, mucho menos cuando se intenta fundar éstas en la potencia.

Una tarea capital de la lucha internacionalista actual es la superación de escisiones en el movimiento obrero, que si en otra época fueron un imperativo histórico actualmente comienzan a estar desfasadas.

Una exigencia internacionalista es que cada partido sea capaz de hacer, conjuntamente con las otras fuerzas de progreso, el socialismo en su país.

Que no haya ingerencia, que no se fomente la escisión dentro de los otros partidos en nombre de una u otra potencia, porque aunque éstas sean socialistas, esas ingerencias constituyen una de las formas más abominables de colonialismo político e ideológico.

Creo que, dicho muy sucintamente, es así como entendemos el nuevo internacionalismo los comunistas españoles y japoneses.

Con este espíritu estamos tendiendo entre ambos partidos y ambos pueblos un puente de amistad y fraternidad a través del polo norte, de millares de millares de kilómetros.

Esperamos a vuestra delegación en Madrid. Gracias, camarada Miyamoto Volveré al Japón.

¡Que crezca y se consolide cada día más la amistad y la colaboración entre el Partido Comunista japonés y Partido Comunista español, entre nuestros dos pueblos, entre todos los partidos comunistas y obreros, entre toda la humanidad, trabajadora y progresista!

¡Que progrese y triunfe la causa de la libertad, la democracia y el socialismo!

¡Viva el Partido Comunista del Japón!

« NOSOTROS LOS VALENCIANOS »

de JOAN FUSTER

Publicamos a continuación estos interesantes apuntes críticos al libro de Joan Fuster, redactados por un grupo de presos políticos valencianos como una aportación al estudio de la cuestión valenciana.

LOS PLANTEAMIENTOS DE FUSTER

1) *¿Qué se propone plantear y esclarecer Fuster?*

En la introducción a su libro (p. 5-15) Fuster expone sus propósitos: «denunciar nuestra enfermedad o nuestras enfermedades colectivas»... «porque sé que sin eso nunca tendremos la posibilidad de sobreponernos a ellas» (p. 13). Fuster se propone realizar un diagnóstico de un cuerpo enfermo, pero no se propone ofrecer una terapéutica concreta, aunque comprobaremos que su reflexión desemboca en una línea determinada de solución al problema.

Fuster parte de una constatación:

—Por una parte, el hecho de que la integración de más de dos siglos, pese a todo «no nos ha subsumido en otra categoría global» (p. 9). Pese a la perspectiva integradora en la que se encuentra inserto el País Valenciano, no ha sido integrado. Esta idea la reafirma Fuster a lo largo de su

libro: «...Permanece intacta, cargada de virtualidades explosivas, la materia prima de su autoctonismo fuerte y efusivo» (p. 250).

—Por otra parte la «enfermedad»: «Fallamos en tanto que pueblo normal» (p. 6); «la distancia o desfaseamiento entre lo que somos y lo que deberíamos ser (p. 8); «el desconcierto colectivo de los valencianos no es ningún secreto para nadie» (p. 9); «el valenciano... presiente que no es carne ni pescado» (p. 8); vivimos en una especie de pasividad confusa, concertada sobre nuestra condición de valencianos (p. 7); «los nexos de solidaridad básicos... van relajándose poco a poco» (p. 7); «las manifestaciones habituales del desquiciamiento... son un triste tejido de abandonos, de desidia, de timideces, de mimetismos estériles, una mezcla de localismo inútil y de conformidad provinciana, una progresiva depauperación social (p. 6); «Los valencianos somos un pueblo anómalo» (p. 11)...

Hecha esta constatación Fuster se propone investigar las causas, los factores que han llevado al P V a esta

situación. Y considera con razón que las causas hay que buscarlas, no principalmente en los factores externos (« porque no podemos perder de vista que el impacto nocivo producido por aquellas presiones exógenas podrá ser mayor ó menor según la resistencia espontánea que el cuerpo social afectado les oponga» (p. 10). Las causas principalmente hay que buscarlas en las ZONAS PROFUNDAS DEL SER COLECTIVO.

Y porque «los valencianos hemos de defendernos como pueblo» Fuster se plantea la necesidad de una «introspección en el tiempo y en el espacio».

2) *Los elementos de la investigación de Fuster.*

Emprendiendo esa «introspección en el tiempo y en el espacio», a través de la historia, la geografía, la lengua, la cultura, la psicología, la economía, Fuster va sacando a flote una serie de hechos y situaciones, acotados por las observaciones y reflexiones del autor, que constituyen un material valioso e imprescindible para la comprensión de la problemática y el futuro del País Valenciano.

Y así van destacándose las características principales del P V, que pueden sintetizarse así:

a) La comunidad lingüística y cultural con el Principado y las Islas:

—Por la hegemonía, desde la creación del Reino, de las comarcas catalanas, de la población de origen catalán, favorecida en los comienzos por los reyes de Aragón para poner freno a las ambiciones de los señores feudales aragoneses.

—Porque las comarcas de habla catalana son «la auténtica identidad de la región», pese a la dualidad lingüística (y geográficamente delimitada) tradicional y actual, y el centro de gravedad.

—Porque «somos un mismo pueblo».

—Porque el valenciano es una ramificación regional de un idioma común.

—Pese a la castellanización iniciada a finales del siglo XV, el pueblo se ha mantenido fiel a su vernáculo.

—Pese a no haber dispuesto hasta ahora en tierras valencianas de un instrumento sólido de defensa, el catalán (en su aspecto dialectal) se ha mantenido con fuerza.

—Capacidad de asimilación de los inmigrantes.

b) El «particularismo valenciano» que Fuster enfoca como un particularismo en relación con Cataluña. En la configuración de este particularismo intervienen numerosos factores:

—La constitución del PV como Reino, con sus Fueros propios.

—La falta de un término (gentilicio) que englobe desde muy pronto, al conjunto de los países catalanes —limitándose el término Cataluña a designar al principado— contribuye a la afirmación de la condición de «valencianos», al surgimiento de un «patriotismo valenciano».

—Con el desarrollo económico de Valencia, ya en el siglo XIV, surge la necesidad de emular, con Zaragoza y Barcelona. La burguesía de Valencia quiere hacerse valer, en el siglo XV manifiesta una voluntad de intervención política, exacerbada por el hecho de su incorporación tardía a la corona; la burguesía protesta contra el monopolio catalán en los altos cargos de la corona y reclama su parte en la alta burocracia de la monarquía.

—La configuración del dialecto, del valenciano, como consecuencia de la influencia de los moriscos y de la población de habla castellana, que da lugar a los «arabismos», «aragonismos», «castellanismos». Hasta ilustres valencianos llegan a ponderar el valenciano frente al catalán.

—La discrepancia entre el Principado y el Reino de las estructuras sociales y económicas acentúa el particularismo dentro de la catalanidad, ya en la Baja Edad Media.

—Hay otros factores que contribuyen directa ó indirectamente a la configuración del particularismo valenciano.

● La dualidad lingüística, social y económica, que tiene su origen en las circunstancias en que se constituye el Reino.

● El problema de los moriscos

antes y después de su expulsión, con sus consecuencias sociales, religiosas, económicas.

- La incorporación tardía al Reino de las comarcas del sur.
- El carácter, durante tiempo, de ciudad «hanseática» de Valencia, rodeada por un interior feudal.
- La dispersión que se produce tras la fusión de Castilla y Aragón.

c) Las insuficiencias, carencias del P V. La «anormalidad» de su pueblo. En ello concurren diversos hechos factores:

—«Colectividad inconexa» debida a la dualidad lingüística que impide sentirnos «unos» con nosotros mismos, e impide «sentirnos unos» con los demás catalanes (p. 113).

—La inestabilidad nacional resultante del «mestizaje» de la población aunque asimilada por la parte hegemónica, tras las distintas repoblaciones.

—La falta de un estimulante al patriotismo valenciano, carente de resorte agresivo, de un fondo de mitología épica, lo cual hace que el PV, ya en el siglo XVI cuente muy poco internacionalmente, se sienta corto de talla. A ello hay que agregar la situación de ciudad «hanseática» de Valencia, rodeada por un cerco feudal y que poco podía hacer desde el punto de vista político. Esta «cortedad de talla» condiciona una actitud de retraimiento, limitándose los valencianos, en el siglo XV-XVI a reivindicar su condición de Reino y sus Fueros.

—Posteriormente, el freno que el surgimiento y desarrollo del patriotismo español representa para el patriotismo valenciano. Ello se ve facilitado por la falta de una cabeza dirigente, por la debilidad del papel político de la capital. Más tarde el particularismo regional se ve frenado por el partituarismo provincial y localista, favorecido e impulsado por la acción de factores externos (centralismo «jacobino», recortes administrativos en provincias, adición a la región de comarcas castellanas...).

—La evolución del catalán hacia el dialecto es, según Fuster, un factor «disgregador». La inconsecuencia de

las clases dirigentes para defender y vitalizar la lengua, la falta de un programa no solo lingüístico y cultural de las fuerzas políticas del siglo XIX y del XX, sino también social y económico ayudan a la acción «disgregadora».

—La castellanización cultural y posteriormente social de las clases dirigentes (aristocracia dominante primero tras las Cortes de Monzón y tras la abolición de los Fueros, la burguesía después a finales del siglo XIX y el siglo XX), junto con su dimisión para asumir la defensa del PV frente al centro. «Sucursalismo» de las fuerzas políticas, marginalismo, provincianismo en la conciencia colectiva.

—La falta de un nombre genérico que englobe a todos los valencianos, junto con la falta de dirección de la capital y la dimisión de las clases dirigentes del PV, conduce a que la condición de valencianos se vaya identificando con la capital y su provincia, etc., etc...

3) ¿A qué conclusiones llega Fuster?

Aunque Fuster advierte que su trabajo no es un libro de soluciones, ni tan siquiera de consejos, ni un programa, la propia articulación de su exposición, sus acotaciones y reflexiones a lo largo de la investigación desembocan en una determinada línea de solución al problema del País Valenciano, al problema de defendernos como pueblo.

—...«preservándonos fieles a nuestra condición de catalanidad básica».

Al final de la parte «Anatomía de un linaje», Fuster señala:

«Nuestra realidad regional tiene su lugar dentro de la comunidad idiomática catalana, como lo tienen las realidades regionales del «Principado y de las islas... Llamarnos valencianos, en definitiva, es nuestra manera de llamarnos catalanes. Ni la sostenida intrusión castellano-aragonesa, ni el hibridismo étnico, han podido desfigurar esta primera autenticidad» (p. 35).

Al abordar la disgregación de los lazos regionales con los fenómenos del

«provincialismo» y del «localismo» y al, advertir sobre el peligro de disolución, Fuster dice:

«La salud social del País Valenciano exige una rectificación de esta tendencia. Los valencianos tenemos una personalidad regional bien marcada... Y si hay que reajustar y restaurar nuestra personalidad regional, debe ser naturalmente, dentro de un conjunto más ancho y consistente. Un País Valenciano aislado es una utopía y sería una traición a su propia esencia...

A veces bajo pretexto de «valencianismo», «valencianía» ó «valencianidad», se intenta separarnos de nuestra comunidad natural... Si el País Valenciano quiere salvaguardar su personalidad ha de ser preservándose fiel a su catalanidad básica» (p. 143).

Más adelante (p. 164), Fuster subraya la importancia de la lengua para que se mantenga viva la comunidad. De ahí la necesidad de inscribirse en una «trayectoria única cultural e histórica», dando por supuesta la catalana. Tras analizar el papel debilitador del «provincialismo» Fuster declara:

La unidad del País Valenciano, intacta en su fondo económico y cultural, no tiene más que un reflejo insuficiente en el plano de la conciencia. O lo fortalecemos, ó caeremos en la más insoluble de las disgregaciones» (p. 239).

Para Fuster la «población» pasa a ser «pueblo» mediante un acto de conciencia.

«...Y este es un paso que no todos los valencianos han dado. La superación de los localismos inicuos y estorbadores nos es necesaria como el pan que comemos». Empezando por el localismo de la capital. Si no lo hacemos estaremos condenados a convertirnos cada vez más en «provincianos». En la parte final de su libro, en la que analiza lo de la «Renaixença» Fuster señala:

«Un pueblo, en cada momento, es lo que la historia ha hecho de él, su pasado íntegro gravita en su actualidad, la condiciona. Es en esto en lo que hay que pensar, y sobre todo en

una de sus facetas: la socioeconómica.» (p. 249).

Afirma a continuación que «nuestra insurgencia del siglo XIX y primer tercio del XX» no es más que la manifestación de la agudeza de los problemas locales irresueltos. Para Fuster, faltó el catalizador oportuno para transformar la revuelta en algo más «renaixentista» en todos los órdenes. Y acusa a la burguesía autóctona de «miope», «sucursalista», de «no estar a la altura de las circunstancias».

Anteriormente, en «Necesidad de un replanteamiento», después de reseñar la «dimisión nacional» de los partidos políticos valencianos en el siglo XIX y en el XX, Fuster había apuntado:

«En cualquier esquema viable, en el supuesto de una «normalidad» civil, todas las discrepancias derecha-izquierda que venimos rastreando en estas observaciones, tendrán que ser relegadas a un lugar secundario. Hará falta una doble revisión desde el ángulo clasista y desde el ángulo nacional...» (p. 184).

b) Buscar un encuadramiento nuevo al hecho de la «dualidad insoluble» del País Valenciano.

En la parte dedicada al análisis de la dualidad Fuster recalca el hecho de que hay dos clases de «valencianos» imposible de fundirse en una sola.

«Esto supone un estorbo para los valencianos de la zona catalana, en la dirección que debería ser y es su único futuro normal: los Países Catalanes en tanto que comunidad supra regional donde ha de realizarse su plenitud de «pueblo». (p. 113).

Y recuerda que la mayoría de los valencianos que han pensado en la recuperación del País, enfocando el caso desde una perspectiva catalana («no hay otra en el fondo», afirma el autor) y planteando la inserción del PV en una comunidad de países catalanes, la mayoría de esos valencianos pues, no han tenido el menor escrúpulo en prescindir de los otros «valencianos» («los de habla castellana») (p. 114).

Pero para Fuster esto es un error,

pues la dualidad existe y no puede ser puesta entre paréntesis más que a título especulativo. Ningún pueblo es una entidad natural, sino un producto histórico. Y es la Historia la que ha hecho la dualidad valenciana. El PV es una «colectividad inconexa», es un hecho la dualidad.

«El único modo de superarlo» —dice Fuster— «será buscarle un encuadramiento nuevo» (p. 116). Pero no da Fuster más precisiones al respecto. ¿Su carácter, sus condiciones?... Tal vez hubiera que echar mano de la vieja tradición de la tierra. En todo caso no cree Fuster que la fórmula federativa fuera una receta acertada.

¿QUE ES EL PAIS VALENCIANO?

Introducción.— Resumidos los planteamientos y el pensamiento de Fuster, conviene ahora intentar elaborar una opinión crítica sobre su enfoque y, sobre la base de su trabajo así como de unos artículos de «Doblón» y «Cambio 16» referentes a la polémica actual, y el libro de Tamames «Un proyecto de democracia para el futuro de España», sintetizar nuestra visión de la realidad del PV.

1) *Observaciones generales sobre el libro de Fuster.*

a) Los hechos que va destacando y analizando Fuster son difícilmente rebatibles. Constituyen un material valioso e indispensable para calibrar la situación actual y el futuro posible del País Valenciano.

b) Sin negar la comunidad idiomática del PV con los países catalanes y la importancia de su afirmación para la realización de los valencianos como pueblo, nos parece, sin embargo, que Fuster deja aflorar con frecuencia una añoranza catalanista en su enfoque de los problemas del PV. Ello se manifiesta por ejemplo cuando aborda la cuestión del particularismo valenciano. Particularismo que

ve siempre en relación con el Principado.

Por la exposición de los hechos el País Valenciano aparece como una comunidad que no ha llegado a cuajar como «nación». Hecho que Fuster parece lamentar. Y si le reconoce al PV una personalidad regional sólida, ésta no puede perdurar si no es en relación con una comunidad de países catalanes (pero ¿idiomática? ¿política? ¿institucional? ¿económica?). ¿Región autónoma dentro de una comunidad de regiones autónomas dentro del Estado Español? o ¿región dentro de un conjunto catalán? No aparece muy clara la posición de Fuster al respecto.

c) A lo largo de todo el libro está presente la idea de que «hay un desfase entre lo que somos y lo que deberíamos ser». «Lo que somos implica un hecho, es el resultado de un proceso histórico; «lo que deberíamos ser» implica una añoranza, un sentimiento de frustración, así, como un deseo y una actitud voluntarista. Fuster lamenta la inexistencia de un nacionalismo valenciano, lamenta la inconsecuencia de la burguesía valenciana para encabezar la defensa de la personalidad del PV, para dirigir la recuperación del PV. Emite un juicio de valor, pero olvidándose —como él lo analiza en otro lugar— de la insuficiencia del desarrollo capitalista en Valencia (por la rémora que representa el minifundismo del agro en cuanto a fuente de capitales) que imposibilita la formación de una burguesía pujante capaz de hablar de tú a tú con el poder central.

Y esa perspectiva de inserción del PV dentro de un conjunto más amplio (ya no se trata de unidad idiomática con los países catalanes) ¿no responde al interés de suplantarse a la burguesía valenciana incapaz por la dirección de la burguesía del Principado?

d) Por la exposición de los hechos, así como por las constataciones preliminares («no somos ni carne ni pescado»... «somos un pueblo anómalo»), Fuster sitúa al PV a medio camino entre la categoría de simple región administrativa y la categoría de na-

ción ó nacionalidad: una región con fuerte personalidad. Pero ésta no podrá mantenerse si no es en una inserción dentro del conjunto de los países catalanes. La afirmación de fidelidad catalana que Fuster considera como condición de recuperación del PV, como condición para «defendernos como pueblo», ¿en qué condiciones, en qué forma habría de realizarse? Fuster parece descartar la inserción en un conjunto catalán más amplio prescindiendo de los otros valencianos. Pero no queda muy clara su posición ¿Se trata de la afirmación de la unidad idiomática con los demás países catalanes? o ¿se trata de algo más? La respuesta no es clara.

e) Posiblemente debido a razones de censura Fuster, al enfocar los problemas del PV y la salida para el futuro, no hace mención a la situación que viven todos los pueblos del Estado español ni a la necesidad de la lucha por la instauración de un régimen democrático (que ocupa el primer orden de prioridad), como condición para la plena afirmación del PV como pueblo, independientemente de la forma que adquiera esta afirmación y su institucionalización dentro de una situación democrática. Fuster plantea la necesidad de preservarnos como pueblo, «salvaguardar nuestra personalidad» en la línea indicada más arriba.

Pero ¿preservarse contra quién? ¿Contra los otros pueblos del Estado español? ¿O contra una clase social determinada, contra la oligarquía y el centralismo burocrático del Estado?. La respuesta para nosotros no puede ser más evidente: contra la Dictadura franquista y la oligarquía, lo cual pasa por la lucha mancomunada de todos los pueblos de España por la libertad y la democracia.

f) En cuanto a la necesidad de buscar «un encuadramiento nuevo» al hecho de la dualidad para superarlo, tampoco podemos decir que Fuster ofrezca una solución clara, aunque consta por su parte —y ello es positivo para alguien que enfoca el problema desde una perspectiva catalana— que tanto los de habla catalana, como los de habla castellana forman el PV, son «valencianos».

2) *El país Valenciano... ¿región o nación?*

Para responder a esta pregunta hay que examinar el peso relativo y el grado de desarrollo de cada uno de los componentes que intervienen en la configuración del PV: histórico, económico, geográfico, técnico, lingüístico, cultural, psicológico. El trabajo de Fuster nos muestra cómo los distintos factores o componentes, separadamente, tienden ya a consagrar la unidad, ya a disgregarla, pero se integran mutuamente condicionados en una categoría que los engloba a todos: el proceso histórico. Veamos solamente unos ejemplos para ilustrar esto:

—El hecho diferencial lingüístico y cultural catalán se ve contrarrestado en su desarrollo como «cemento o aglutinante nacional» por la «dualidad» por la existencia —y en zonas geográficamente delimitadas— de una población valenciana de habla y cultura castellanas, hecho que da pretexto y facilita los intentos centralistas de despersonalizar el PV. La indiscutible realidad lingüística y cultural catalana constituye un hecho diferencial en la línea de consagración del PV como nación catalana. Pero la dualidad obstaculiza el desarrollo en esta dirección, al igual que lo obstaculizan otros factores: una historia ya distinta del Principado tras la «dispersión» que sigue a la unión de Castilla y Aragón; las estructuras socio-económicas distintas del Principado; la falta de un fondo épico, etc... El entronque lingüístico y cultural con Cataluña es evidente, pero el desarrollo y la acción de los demás componentes constituyen la base sobre la que se apoya el particularismo valenciano.

—La «dualidad» (lingüística, cultural y geográfica) examinada aisladamente, sería un elemento disgregador. En todo caso es una base que sirve de pretexto para los intentos centralistas de despersonalizar al PV. Pero este elemento disgregador se ve compensado por la fuerza de los lazos económicos entre las dos zonas, hasta el punto que no cabe dudar de la voluntad de la zona castellana de seguir integrada al PV.

—La componente económica es de-

terminante en la maduración de una comunidad determinada con hecho diferencial lingüístico y cultural en tanto que nación. Y es evidente que, en el caso del PV, la burguesía (aparte de los juicios de valor que se le pueden hacer) no llega a asumir un consecuente papel de dirección en las reivindicaciones ni siquiera regionalistas, debido fundamentalmente al insuficiente grado de desarrollo capitalista alcanzado por el PV en los siglos XIX y XX, condicionado por la predominancia del minifundismo agrícola.

—Volviendo a la componente histórica; el hecho diferencial lingüístico y cultural y el pasado histórico en que el PV tiene una soberanía distinta del tronco castellano-leonés (Reino de Valencia, los Fueros...) Son unos elementos de cohesión, cuyo desarrollo se ve contrarrestado y debilitado por la integración forzosa, contra la cual el PV no opone una fuerte resistencia (debilidad de la capital como cabeza política, mestizaje de la población, dualidad, etc...). Esa integración forzosa, si bien no destruye la unidad básica del PV en sus componentes cultural y socio-económico, no deja de acortar las distancias entre el PV y los demás pueblos y regiones del Estado español.

Aparece pues, para nosotros claro, que el PV no llega a cuajar como nación. No es una simple región administrativa. Se sitúa a medio camino entre ambas categorías. Es una región netamente caracterizada, con un hecho diferencial lingüístico y cultural evidente que hay que salvaguardar, cultivar y desarrollar porque es vertebración principal de su pueblo y porque su mutilación sería mutilación de los valores de la futura España democrática y socialista.

Se trata, no de lamentar el que el PV no haya llegado a cuajar como nación, sino de asumir su particularismo y su personalidad como región no solamente en relación con Cataluña, sino en relación con todos los pueblos y regiones de España, y sin perder de vista que su futuro no puede dissociarse del futuro de esos demás pueblos y regiones.

Se trata de partir de una visión lo más exacta y objetiva posible de lo

que es el País Valenciano, como ente regional netamente diferenciado, con una unidad global prevaleciente sobre los factores disgregadores, y como una realidad en proceso de desarrollo y cambio económicos, sociológicos, culturales, debido al desarrollo de las fuerzas productivas, del capitalismo (con todas sus distorsiones y desequilibrios por su dirección oligárquica), de las relaciones crecientes entre los distintos pueblos y regiones; proceso de desarrollo y cambio que habrán de seguir, corregidos, regidos y controlados democráticamente en la España futura.

Partir de esa visión exacta y objetiva del PV como producto histórico (y no como algo que hubiera podido ser o hubiéramos deseado que fuera) es condición necesaria para poderse plantear la recuperación del PV, programa y acción que no pueden desligarse de la lucha de los demás pueblos y regiones de España por la democratización del Estado, por la realización del autogobierno en todos los niveles.

3) *La unidad del País Valenciano.*

Como dice Fuster, «tenemos una personalidad regional bien marcada». Pese a la integración y los esfuerzos del centralismo burocrático por disolverla, pese a las castellanización cultural y hasta social que ha afectado a las clases dirigentes (aristocracia primero cuando ésta se transforma en dominante tras las germanías, la burguesía después, en el siglo XIX y el XX), la unidad del PV queda intacta en su fondo económico y cultural según Fuster.

A la hora de pensar en la «recuperación» del País Valenciano no puede cometerse hoy el error de la *Renai-xença*, es decir el de dar una dimensión solamente lingüística y cultural al empeño. «Nunca —señala Fuster con razón— será viable un movimiento político encaminado sólo a obtener unas simples garantías lingüísticas» (p. 247).

De ahí la necesidad imbricar estrechamente la reivindicación lingüística y cultural con las reivindicaciones eco-

nómicas, sociales y políticas de la región, pues la solución de los problemas lingüísticos, culturales, económicos y sociales plantea la necesidad del autogobierno. Esta necesidad de autogobierno se ha reforzado en estos últimos 36 años.

Tamames, en su libro «Un proyecto de democracia para el futuro de España», señala:

«...el autogobierno no es sólo una exigencia de las zonas con hecho diferencial lingüístico y de cultura, o que en su pasado histórico, más o menos lejano, tuvieron una soberanía distinta de la del tronco castellano-leonés...» (p. 134). «...hoy se manifiesta en toda España una clara aspiración de autogobierno que antes se polarizaba en las regiones con hecho diferencial» (p. 135).

Esta exigencia de autogobierno es pues, tanto más fuerte para el País Valenciano.

Veamos rápidamente cuáles son los elementos constitutivos de la unidad regional del País Valenciano hoy día:

Además de la historia común, además del entronque idiomático con los países catalanes, está la similitud de los problemas económicos y sociales.

—Estructura de la propiedad agraria-minifundismo.

—Problemas de las salidas al mercado europeo e internacional de los productos del campo, agrios, hortalizas, frutas... Necesidad de la integración al Mercado Común muy sentida por los agricultores valencianos.

—Estructura empresarial de tamaño pequeño y medio; problemas de la comercialización de los productos en el mercado internacional (calzado, juguetes, alimentación, muebles...).

—Las condiciones comunes para la explotación del turismo en toda la costa valenciana; la supeditación del sector turístico y hotelero a los tours operators extranjeros.

—La necesidad de decidir el pueblo valenciano sobre la explotación de sus recursos; la necesidad de salvaguardar su entorno ecológico que amenazan los monopolios (autopista del mediterráneo, amputación de El Saler...).

—A todo esto hay que agregar los problemas comunes de la clase obrera, tanto de habla castellana como de habla catalana, los problemas de las libertades políticas comunes a todo el pueblo valenciano y a todos los pueblos de España.

Finalmente está la reivindicación de la libertad al pleno uso del catalán y su oficialidad en todos los niveles, y del derecho a su enseñanza. Sin que esto suponga un abandono del castellano, lengua de una parte de la población valenciana, y además lengua necesaria para la comunicación con los demás pueblos y regiones de España.

Esta reivindicación al pleno uso y desarrollo de la lengua se imbrica con la del derecho a la cultura, en todos los órdenes, para todos los valencianos y en todos los niveles.

4) *El futuro del País Valenciano.*

a) Región autónoma.— El País Valenciano es una región particularizada con un hecho diferencial y lingüístico que lo entronca con la comunidad idiomática catalana. Pero esta comunidad idiomática con los países catalanes se ve contrarrestada por otros hechos diferenciales en relación con Cataluña: diferente desarrollo histórico, dualidad, insuficiente desarrollo capitalista.

La afirmación de la comunidad idiomática catalana, necesaria para la realización como pueblo del pueblo valenciano, no debe entrañar necesariamente su inserción dentro de un conjunto más amplio suprarregional, más aun en nuestra época en que, como lo señala Tamames, la exigencia de autogobierno se plantea y manifiesta en toda España.

El futuro del PV no puede preverse al margen de las perspectivas democráticas para todos los pueblos y regiones de España, que no podrán sino realizarse a través de la descentralización y el autogobierno a todos los niveles.

La preservación del PV, su realización como pueblo valenciano no podrá hacerse sino a través:

—Por una parte del entronque cultural y lingüístico con los demás países catalanes.

—Por otra parte, de un gobierno autónomo regional, en igualdad de condiciones con los demás pueblos y regiones de España.

b) Necesidad de una sociedad democrática. Como lo señala Tamames en el libro citado, sin victoria democrática no existen posibilidades mínimamente verosímiles de vencer en el frente nacional y regional. El único enemigo de la realización como pueblo del PV de su desarrollo integral como unidad regional caracterizada original, es la dictadura y la oligarquía.

He ahí que la lucha contra se enemigo, por las libertades políticas, por una España democrática sea la condición necesaria e inexcusable para la «recuperación del PV», para su afirmación como pueblo como lo dicen los firmantes del «Manifiesto» (ver Doblón).

«Estos (relacionados con la lengua) y otros problemas sólo podrán ser resueltos dentro de una sociedad democrática...».

Y más adelante:

«Es por esa sociedad por la que todos los valencianos —es decir, los que vivimos y trabajamos en el País Valenciano— hemos de luchar y esforzarnos.»

Hoy es posible —y ya se está realizando de hecho— la convergencia de las fuerzas políticas y sociales del PV que aspiran a una sociedad democrática y al autogobierno de la región.

Es posible la convergencia en base a una serie de puntos y reivindicaciones comunes a todo el pueblo valenciano.

—En primer lugar para el logro de las libertades políticas.

—Para la constitución de un estado democrático.

—Por una participación democrática del pueblo valenciano en los destinos de su región, y en los destinos, en igualdad de condiciones, de los otros

pueblos y regiones, del Estado español:

Estas reivindicaciones prioritarias deben imbricarse con la reivindicaciones comunes específicamente regionales del PV.

—Libre uso y oficialidad del valenciano en todos los niveles; enseñanza del valenciano.

—Reivindicaciones de las distintas clases sociales interesadas en un futuro democrático y en el autogobierno del PV.

—Reivindicaciones derivadas de la estructura de pequeñas y medianas empresas, cuyos intereses están encontrados con los de la oligarquía.

—Reivindicaciones de los agricultores: ayudas estatales, créditos...

—Reivindicaciones derivadas de los problemas de la exportación (agriños, calzado, juguetes, etc...) sobre todo al Mercado Común, y que plantean la necesidad de un estado democrático.

—Reivindicaciones derivadas de la necesidad de una participación democrática en la elaboración de los planes económicos regionales y a escala del Estado.

Es una exigencia el que las fuerzas políticas democráticas del PV sepan superar los tópicos localistas y provinciales (fruto en buena parte de la acción de factores exógenos: centralismo burocrático) que no corresponden a una modificación sustancial de las bases unitarias de toda la región, para cimentar sobre la base de los problemas comunes a todos los valencianos —económicos, sociales, culturales y políticos— la unidad del pueblo de toda la región en la lucha por las libertades políticas, condición necesaria para poder llevar a cabo el florecimiento de todas las vitalidades regionales latentes.

Hace falta que las fuerzas políticas democráticas unifiquen su acción a nivel regional, venciendo las barreras artificiales creadas por la división en provincias.

c) El papel del P.C.— Es evidente que el papel del PC puede ser muy importante en esta «recuperación del PV» tanto en esta etapa de lucha por

las libertades como en la futura España democrática.

Por de pronto, se hace necesario buscar la forma de ir hacia la constitución de un Comité Regional del Partido; practicar el bilingüismo en nuestras publicaciones, realzando siempre la comunidad de intereses de la clase obrera y de todo el pueblo

valenciano tanto de habla catalana como de habla castellana; impulsar a los intelectuales del Partido a investigar sobre las diversas facetas económicas, lingüísticas, culturales, sociales, sociológicas del País Valenciano.

Se trata de asumir de lleno la problemática del País Valenciano como región particularizada.



SUSCRIPCIÓN ANUAL (5 números)

España, Portugal, Argelia y Marruecos	205	Pesetas
Francia	18	Francos
Bélgica	180	Francos
Suiza	13,50	Francos
República Federal Alemana	12,50	DM
Holanda	13,00	Florines
Inglaterra	1,80	Libras
Suecia	18	Coronas
Dinamarca	27	Coronas
América y resto del mundo	4,50	Dólares

Gastos de expedición, superficie o aéreo, por cuenta del suscriptor.

CORRESPONDENCIA Y GIROS

Mme. Louviau E. Elisabeth

Dwarsstraat 19

B-9470 DENDERLEEUEW (Bélgica)

CCP 000-08843.75-26



MINISTERIO
DE CULTURA



P R E C I O :

España	45	pesetas
Francia	4	francos
Bélgica y Luxemburgo	40	»
Suiza.....	3	»
República Federal Alemana	2.50	DM.
Holanda	2.60	florines
Inglaterra	0.40	libra
Suecia.....	4	coronas
Dinamarca.....	6	»
América	1	dólar
Australia	1	»